
CIENCIA FICCIÓN
CEREBRO MECÁNICO
PETER KAPRA

PETER KAPRA

CEREBRO MECÁNICO

E d i c i o n e s   T O R A Y
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 37.174 – 1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

I

Daila Jarre conoció a los Dolman a causa de una denuncia presentada contra ellos. Funcionaria de comprobaciones legales, la joven hubo de tomar su «Hon-6» y dirigirse a Ridge Creek, una colonia rural, ciento diez kilómetros al sur de Memphis.

Una parte del trayecto lo hizo Daila sobre la pista magnética «Z-1», que unía Memphis con Devon. Pero luego hubo de tomar la bifurcación de Ridge Creek, y se trataba de una vieja autopista, sin controles.

Esto obligó a la funcionaria a moderar la marcha. Por suerte, el trayecto no era más de veintidós kilómetros y pronto, al llegar al cerro, la joven pudo ver las preciosas casitas metálicas de Ridge Creek, dispersas sobre un verde valle, con árboles frondosos, el canal sinuoso por donde discurría el agua en abundancia, los campos de tenis y golf, y la infinidad de florecillas que crecían por doquier, manchando de colorido el paisaje.

A Daila le gustó aquel lugar. Estaba habituada al marasmo angustioso de la gran ciudad, al ruido, a las gentes, a las abarrotadas pistas rodantes, a las prisas. Llegar a Ridge Creek en primavera era volver a nacer.

A la derecha de la carretera, Daila encontró un gran mapa. Estaba impreso en una enorme pizarra. Allí figuraban todas las casitas de la localidad y cada una de ellas tenía un número. A un lado estaban los nombres de sus propietarios. Eran cincuenta y dos, poseían orden alfabético.

Las letras eran imborrables y suficientemente grandes para ser leídas desde el asiento del «Hon-6». Así, Daila se enteró que los Dolman tenían la vivienda número 50 y estaban al extremo del valle, cerca del manantial. Orientada, pues, por el gran mapa, Daila reanudó la marcha, cruzando el paradisíaco lugar por la carretera paralela al canal, hasta llegar a la casa que buscaba.

Detuvo el vehículo y, tomando su cartera, descendió. El silencio era allí celestial. El aire estaba lleno de efluvios. No habían pájaros, ni cigarras, ni ranas. Era un silencio rural, quieto, sosegado y confortador.

Caminando entre las flores del jardín, Daila se sentía henchida de gozo, juventud y serenidad. Encontró una valla metálica, con una puerta abierta. Un gran perro, tendido al sol, movió la cabeza para mirarla. No gruñó siquiera. Mirando en derredor, sin ver a nadie, Daila se acercó a la terraza plateada. La puerta del «hall» también estaba abierta.

—¿Hay alguien aquí? — preguntó en voz alta.

—Sí, pase — contestó una voz viril y agradable.

Daila cruzó el zaguán. Al fondo, ante una ventana espaciosa, vio a un

hombre alto, rubio, bien parecido, que trabajaba en un tablero de dibujante.

—Entre... Y perdone este desorden —siguió diciendo el hombre, que no aparentaba más de treinta años.

Era un sujeto agradable. Llevaba un suéter blanco y unos ajustados pantalones rojos, con botas «flex» hasta el tobillo. Y la sala, sin duda, estaba revuelta. Se veían papeles, libros, juguetes y enseres por todas partes.

Sobre una butaca había un proyector musical y varias cintas enredadas. Revistas, periódicos, libros y cajas de grabación se veían por doquier. También vio Daila infinidad de aparatos eléctricos, circuitos desmontados, bobinas fotoeléctricas, etc.

—Mi nombre es Daila Jarre, y soy inspectora de comprobaciones legales del Congreso —dijo la muchacha, quedándose inmóvil en medio de la sala.

Al fondo, a la derecha, una escalera mecánica surgió del techo, descendiendo hasta el suelo. Y por ella, haciéndola servir de tobogán, bajó un muchacho de unos doce o trece años.

—Hola, señorita. La he oído... ¡No moleste a papá, por favor! Está muy ocupado.

Daila miró al niño y sonrió.

—¿Eres tú Sim Dolman?

—Sí, señorita. Soy Sim Dolman.

El joven llevaba una camisa dorada, de fibra metálica flexible, pantalón guateado, muy sucio y deteriorado y zapatos «fortex», infantiles. Era rubio, como su padre, de límpida e ingenua mirada azul, y ademanes desenvueltos.

—No haga usted caso a Sim, señorita Daila — intervino el padre, dejando su trabajo y arrojando sobre una mesita sus plumas catódicas, para acercarse a su visitante —. Mi trabajo no es importante. ¿A qué se debe su visita?

—Se trata de este jovencito poco estudioso. El Instituto nos ha enviado una queja acerca de él.

—¡Ya entiendo! —replicó, sonriente, el señor Dolman.

—¡Qué cargantes son en la escuela, Mixi! —exclamó el niño con aire de fastidio—. Quieren que vaya a perder el tiempo allí, con esos niños insípidos y atontados. Ya he aprendido hasta el séptimo curso. ¡Estoy cruzado de brazos todo el tiempo! Y como no dejan hablar...

Mixi Dolman retiró unos cuantos objetos de un asiento y se lo ofreció a Daila.

—Siéntese, por favor, señorita Jarre.

—Gracias —aceptó Daila, tomando asiento.

El hombre la había mirado de piernas a cabeza. Daila casi se sonrojó

ante aquel entusiasta escrutinio.

—Es usted muy bonita, señorita Jarre — dijo Mixi Dolman, sin rodeos —. Y eso es extraño en una funcionaria pública.

—No he venido para oír elogios —contestó ella, dignamente—. El motivo de mi visita es...

—Sí —la atajó el hombre, con un gesto rápido—, mi hijo no va a la escuela.

—Exactamente. Hace dos meses tuvo seis faltas. El pasado, quince. Y parece ser que éste no ha ido ningún día. Sim Dolman está en edad escolar y es obligatorio asistir...

—Aquí vivimos en el campo, señorita Jarre — dijo Mixi, sonriente—. Y yo estoy de vacaciones. Sim no aprende nada en la escuela. Por eso se queda conmigo y me ayuda.

—¿Y la madre? —preguntó Daila, porque ya no podía contenerse más tiempo.

—Mamá se fue muy lejos —dijo el pequeño Sim, con sentimiento.

Vio Daila que las expresivas y correctas facciones de Mixi Dolman se contraían.

—Sí, se marchó.

—¿Les abandonó?

—Se marchó —insistió tercamente Mixi Dolman.

—Ignorábamos eso. Es obligación de la esposa vivir con su familia.

Mixi se levantó y miró fijamente a la joven.

—Hay muchas obligaciones que no se cumplen. Elga se fue y no ha vuelto. Ni siquiera me he preocupado de saber dónde está.

—Nosotros podemos hacerla volver. Es la ley.

—¿Y obligarla a permanecer aquí, contra su voluntad? ¡Ah, eso no, señorita Jarre! Yo no la denunciaré jamás.

—¿Sabe que se hace reo de culpa? —preguntó Daila.

—Lo sé. Denúncieme usted y que me envíen a las prisiones subterráneas de Luna. Me tiene sin cuidado —dijo Mixi Dolman, secamente—. Por fortuna, Sim sabe ya vivir sólo.

—¡Usted no puede denunciar a mi padre, señorita! —exclamó el muchacho, muy serio—. Es el hombre más bueno y cariñoso del mundo... ¡Y el más listo! ¡Me está haciendo un robot!

—¿Cuánto tiempo hace que se fue su esposa, señor Dolman? —insistió Daila.

—Tres años. Y le agradecería que no me hablase más de ella. Vaya y denúncieme, si es su deber. Pero no deseo saber nada de ella.

—¿Existieron motivos para esa separación ilegal? — insistió la joven funcionaria.

Mixi no contestó, volviéndose de espaldas.

—No voy al Instituto porque está lejos y porque no me enseñan nada nuevo. Yo quiero ser ingeniero electrónico, como papá.

—¿No está usted de acuerdo con el programa de enseñanza oficial, señor Dolman? — quiso saber Daila.

—A decir verdad, no. Sim ha tenido que perder meses enteros aprendiendo cosas que no le servirán nunca para nada. ¡Él quiere ser como yo! Pues, bien, que le enseñen ciencias, matemáticas, física y química...

—¿Para qué le puede servir la historia?... ¡Está llena de falsedades! Admito que se enaltezca a un hombre en vida, pero, una vez muerto y enterrado...

—La historia es una asignatura de violencias, traiciones, guerras y muertes —dijo el pequeño Sim—. Además he aprendido toda la historia del mundo. A mí me gustaría ir a la Universidad tecnológica, a especializarme.

—No tienes edad, Sim — dijo Daila, sonriendo.

—Las personas no deben ser medidas por su edad —dijo Mixi,

—Son ustedes muy extraños. ¿Dónde trabaja usted, señor Dolman?

—En la Asociación Farmer. Soy ingeniero electrónico. Ahora estoy disfrutando de cuatro meses de vacaciones. No he hecho vacaciones en dos años.

—¿Y vive usted siempre aquí?

—Sí. Soy el jefe de trazados y proyectos. —Mixi se volvió y señaló el tablero de dibujo—. Ahí paso el tiempo.

—¿Le podemos enseñar a Ky, papá?

Mixi dirigió a su hijo una mirada severa.

—A la señorita Jarre no le interesa nuestra tarea, Sim.

—Se equivoca usted. Me interesa todo lo que se relacione con la educación que está recibiendo su hijo. ¿Le ayuda a usted en su trabajo?

—Sí. Sim es un buen mecánico. Tenemos un pequeño taller en el sótano y... Bueno, construimos un robot entre los dos.

El pequeño Sim removió entre los dibujos que tenía su padre debajo del tablero y eligió uno, trazado sobre una gran hoja de «fibrex». Ufano, se lo enseñó a la funcionaria.

—Éste es Ky. Lo he diseñado yo —dijo.

Daila tomó el dibujo, apreciando inmediatamente una notable calidad en las tintas catódicas. Representaba un extraño robot metálico, provisto de brazos y piernas articulados. Pero lo más singular era su cabeza, de forma humanoide, con ojos, boca, nariz y orejas.

— Es un prototipo I.C.K.234 — añadió el muchacho, lleno de satisfacción.

—¿Lo has hecho tú?

—Puedo asegurarle que sí —dijo el padre—. Es el diseño original. Yo le he diseñado los circuitos y mecanismos. Le aseguro que no existe

ninguno de su especie. Su cerebro es asombrosamente preciso y funciona con cinco mil microcélulas fotoeléctricas ultrasensibles.

—No entiendo de robótica, señor Dolman —contestó la joven—. Pero si Sim ha dibujado esto... Bueno, en ese caso podríamos considerarle como un niño prodigio. Hay leyes especiales respecto a eso.

—Sim no es un niño prodigio, señorita —declaró Mixi Dolman—. No quiero que lo sea.

—¿Quiere usted ver a Ky?

—Me gustaría verlo —contestó Daila.

* * *

El taller era una sala de idénticas dimensiones que la superior, y se descendía a él por una escalera mecánica, oculta en el piso. Pero la confusión que reinaba allí era mucho más complicada. El suelo estaba materialmente cubierto de objetos metálicos, máquinas, hierros, cables.

Daila vio un crisol electrónico de moldear acero, una prensa de laminado, un banco de experiencias electrónicas, que más parecía la mesa de trabajo de un electricista enloquecido, un generador de altos voltajes, taladro, torno y una fresa radial-parabólica.

—Tenga usted cuidado — aconsejó Mixi Dolman—. Apenas tenemos sitio para movernos.

—¡Esto es inaudito! —exclamó Daila.

En un rincón, bajo dos potentes focos de luz voltaica, había un objeto metálico que se sostenía sobre dos patas metálicas y articuladas. Era el tronco y las extremidades de un robot androide. Le faltaba la cabeza y los brazos, pero, en el suelo., Daila vio los objetos que faltaban.

—Este es Ky —dijo el pequeño Sim, lleno de orgullo—. Estamos poniéndole los circuitos de control. En eso me ayuda papá. Yo podría hacerlo solo, pero tengo más confianza en él. Debe saber que Ky tendrá acumuladores «Rem», auto generadores. Los materiales de que está hecho son especiales. Acero «anódico» al molibdeno. Prácticamente, indestructibles.

»Ky vivirá dos mil años o más. Soportará presiones tremendas y poseerá una fuerza de 30 HP. Hermético, podrá caminar debajo del agua. Pero lo más increíble es su cerebro. Mi papá le ha dado inteligencia, voz y oído... ¡Ah, y también ve!

—Como puede apreciar, mi hijo tiene una fe grande en mí — dijo Mixi Dolman, sonriendo —. Y es cierto todo cuanto ha dicho. Hay algunas patentes nuevas en este robot. Creo que las venderé y me estableceré por mi cuenta. Pienso instalar una factoría robótica.

Daila miró con interés a Mixi Dolman.

—Existen muchos robots, señor Dolman. Yo no discuto que el suyo sea mejor o peor. Pero creo que es un negocio poco rentable.

—No anhelo riquezas, señorita. Sólo busco la felicidad, y la he encontrado ocupándome en esto. Cuando veo a Sim trabajar aquí, como un hombre, siento una inefable sensación de orgullo y satisfacción. Éste es el pequeño mundo que yo he creado para mi hijo. Aquí he invertido todos mis ahorros y estoy contento.

—Tardaremos aún algunas semanas en terminarlo — dijo Sim—. Hemos tenido que hacer modificaciones. Eso nos ha retrasado. Queremos que Ky vuelva la cabeza, como nosotros, a derecha e izquierda, para «ver». Es más correcto así. Con el «ojo» posterior que pensamos al principio, Ky se armaba un lío.

Mixi Dolman dejó escapar una alegre carcajada. Luego tomó del suelo una caja verde, de la que surgían infinidad de hilos de cobre.

—Éste es el cerebro de Ky. Se asombraría usted de lo que esta caja puede hacer.

—Hará todo lo que usted haya grabado en sus células.

—¡No hay grabación de ninguna especie! —exclamó el pequeño Sim —. Hay un selector de psicolía... ¡Ése es el gran invento de mi papá!

—Esta caja me ha costado tres años de trabajo. Hice una para la Asociación Farmer, que se instaló en el Instituto Tecnológico de París. ¡Esta caja habla!

—No le entiendo. ¿Qué es lo que habla? — preguntó Daila.

—Todo lo que usted quiera oír.

—Pero... ¡eso no es posible! Los robots llevan un circuito impreso y actúan según él, realizando las funciones para las que han sido hechas.

—¡Ah, no! — exclamó Sim —. Ky es diferente. Yo quería un robot con el que poder hablar, sostener conversaciones interesantes, divagar, si viene al caso... ¡Incluso soñar! Para eso papá ha ideado el selector de psicolía... ¡Ky es un robot inteligente!

—¿Y de dónde surge su inteligencia? —preguntó Daila, cada vez más perpleja.

—De aquí dentro —contestó Mixi—. El problema de un robot es su limitación. La cibernética lleva varios siglos intentando descubrir el sistema de pasar la frontera de la limitación «intelectual» de una máquina.

»Y los técnicos se han devanado los sesos en el problema que yo he resuelto con este selector, provisto de un coordinador acelerado. Aquí sólo hay impreso un número limitado de principios básicos, según la ley robótica. De ellos, Ky extraerá sus propias conclusiones... ¡Por sí mismo!

—¿Aprenderá solo? — se sobresaltó Daila.

—¿No lo hacemos los seres humanos? ¿Por qué no puede hacerlo él? Ocurre, sin embargo, que nosotros dedicamos nuestro tiempo a muchas

cosas, y un tercio, aproximadamente, lo perdemos en el descanso. Ky no tendrá necesidad de hacer eso. Estará siempre pensando. Podrá hablar, actuar y pensar, gracias al «multifactor» de potencias.

—Entonces ¿pretende usted construir un robot más inteligente que el hombre?

—Eso es lo que pretendo, naturalmente — contestó Mixi.

—¿Y se da usted cuenta del peligro que representa una creación así?

Mixi Dolman miró fijamente a Daila antes de responder.

—Usted ha venido aquí a raíz de una denuncia contra Sim, por no asistir a escuela. Yo sé que mi hijo no aprende nada en esa escuela, y que pierde lastimosamente el tiempo. Yo no puedo cambiar los sistemas sociales, ni decir a los papanatas del Congreso que hay leyes arbitrarias...

—¿Qué está usted diciendo? —casi gritó Daila, atónita—. ¿No pretenderá inculcar todo eso a este robot?

—No me ha comprendido. Ky se dará cuenta por sí mismo, cuando esté en condiciones, de todo cuanto ocurre. Yo, personalmente, opino así, y lo digo.

»Sin embargo, no hay maldad en mis actos. Me gustaría que Ky fuese una especie de genio, de mentalidad avanzada, capaz de inducir a los hombres a ser mejores de lo que somos.

—¡Está usted loco, señor Dolman! —declaró Daila —. Y no tengo más remedio que denunciarle a usted ante la comisión de gobierno del Congreso... ¡No se le permitirá continuar con estas prácticas abominables! ¡Jamás una máquina puede ser más inteligente que un ser humano!

—Bueno, eso lo dice usted. Pero ya lo veremos.

Daila jamás se había encontrado en un caso como aquél. Personalmente, a ella le importaba muy poco que los Dolman perdiesen su tiempo y su dinero haciendo robots, más o menos utilitarios. Y, si la apremiaban mucho, hasta encontraba justo que un niño con ocho sobresalientes en ocho años de estudios, no fuese a escuela porque sabía más que los anticuados «registros docentes», que nada nuevo podían enseñarle ya, si tan despierto era.

¡Pero Mixi Dolman había hablado de una máquina capaz de corregir los defectos de los hombres! ¡De una máquina pensante, que podía adquirir más conocimientos que el hombre!

—¿Y si este robot, tan autodidáctico, se propone decir al Congreso que todas las leyes están equivocadas, incluso las robóticas?

—De lo que sea capaz de hacer Ky, no puedo anticipar nada. Las pruebas efectuadas hasta ahora parecen indicar que las posibilidades del selector de psicolía son ilimitadas y correctas.

—¿Qué quiere decir por correctas? ¿Estimará este robot que el asesinar es legal?

—No lo sé. Si opina así, nos expondrá sus razones. De todas formas, no estaremos obligados a hacerle caso.

Daila se quedó mirando aquel montón de hierro y circuitos con expresión perpleja.

—Desde luego — admitió —, sería interesante saber lo que piensa una máquina de la humanidad.

—La invito a enterarse dentro de dos semanas, señorita Jarre. Dentro de esa fecha, Ky estará terminado. Entonces le hace usted todas las preguntas que quiera. Y si las respuestas que le dé no le satisfacen... Bueno, será cuestión de denunciar a Ky ante el Congreso.

—¡De denunciarle a usted, señor Dolman! ¿Acaso su esposa se fue por estas ideas suyas tan especiales?

—Elga se marchó porque quiso. Es libre de hacer su voluntad... Y prefiero más no hablar de ella. Usted también es libre de denunciarme, de hacerme procesar, si cree que he cometido un delito, cosa que no es cierta. Y de irse o quedarse, si le place.

—Me iré —contestó Daila—. Pero vendré dentro de quince días.

—Gracias. La esperaremos, ¿verdad, Sim?

II

De regreso a Memphis, en su despacho de Comprobaciones Legales, en el impresionante edificio de la Administración local, Daila Jarre estuvo pensando durante media hora acerca de la entrevista que había sostenido con el ingeniero Dolman.

Luego, dejándose llevar por un impulso, presionó el botón de comunicaciones exteriores y miró a la pantalla receptora, donde apareció la imagen de una visofonista de ojos grandes y rostro agraciado.

— Póngame con el director de la Asociación Farmer.

—Sí, señorita Jarre.

Al instante, la imagen cambió en la pantalla, siendo sustituida por otra, también de mujer, que estaba sentada detrás de una mesa, la cual dijo, con modulación casi mecánica:

—Asociación Farmer. Dígame, ¿en qué podemos servirla?

—Deseo hablar con el director.

—Imposible. Las entrevistas son de nueve a once. Se avisan con doce días de anticipación.

—Soy la funcionaria Daila Jarre, de la oficina legal de comprobaciones —replicó ella, secamente—. Y quiero ver a ese hombre inmediatamente.

En el rostro de la recepcionista apareció una mueca de estupor. Pero se rehízo pronto, diciendo:

—Perdón... Aguarde un instante. Procuraré comunicarle con él.

Thomas Davi, director técnico de la Asociación Farmer, accedió a ver a Daila, dejando una reunión importante. Desde su despacho, contestó a la llamada.

—Soy Thomas Davi, señorita Jarre. Me han dicho que deseaba usted hablarme. ¿De qué se trata?

—Del ingeniero Mixi Dolman. Necesito una amplia información acerca de él.

El semblante redondo de Thomas Davi se distendió en una amplia sonrisa.

—Sólo puedo hacer elogios de Mixi. Es íntimo amigo mío, le quiero más que a mí mismo y es una excelente persona en todos los conceptos.

Daila sonrió.

—Le conoce usted bien, ¿verdad?

—Le trato todos los días. ¿Qué ocurre con él?

—De momento, nada importante. Su hijo no asiste a la escuela.

—¡Ah, Sim es un chico genial! ¡Formidable muchacho! ¡Dentro de

poco aventajará a su padre en cibernética! Ese pequeño está perdiendo el tiempo en el Instituto. Debería estar en la Universidad.

—¡Pero en la Universidad no admiten niños de doce años!

—Pues mal hecho. Con Sim deberían hacer una excepción. Yo le aseguro a usted que tenemos un genio en ciernes.

—Posiblemente. Pero hay más. ¿Qué sabe usted de la señora Dolman?

Ante esta pregunta, el semblante sonriente de Thomas Davi se nubló sensiblemente.

—Escuche, señorita Jarre. Mixi es muy especial. Posee altas cualidades humanas, y es noble y recto como el primero. Sin embargo, su esposa no es como él. Creo que hicieron un mal matrimonio, eso es todo.

»Elga no ha comprendido jamás a su esposo. Es... No sé cómo decirle. Una mujer de otra clase.

—No están separados legalmente.

—No... Creo que no.

—Si ella se fue de su lado, él está en su perfecto derecho de anular su matrimonio. La ley le protege.

—Bueno. Es que... Elga no se fue voluntariamente. Se la llevaron —dijo Thomas Davi, tristemente.

—¿Se la llevaron?

—Sí... Está encerrada en la prisión subterránea de Kelmas.

La sorprendida ahora fue Daila, que no supo qué decir.

— Ya sabe usted que a los asesinatos no se les da publicidad —continuó diciendo Thomas Davi—. Y Elga Dolman mató a su primer marido.

* * *

Daila leyó detenidamente todo el informe que le facilitó el archivo legal. Incluso pudo ver una fotografía de Elga Dolman, que era una mujer de unos treinta años, de arrebatadora belleza.

Por el informe, Daila supo que Elga se casó a los veinte años con un director de banca privada, con domicilio en Nueva York. Los despilfarros de ella pusieron al marido al borde de la ruina. Hubo un escándalo y se separaron.

El primer marido de Elga fue procesado, pero se le exoneró porque pagó cuanto había tomado de la banca. Aquel infeliz, empero, no volvió a recuperarse jamás.

Ella, sin embargo, conoció a Mixi en Memphis y se casó con él. Mixi Dolman ganaba entonces un buen sueldo. Pusieron un apartamiento en la ciudad y tuvieron un hijo, Sim. Pero a los dos años de casada, Elga empezó a cometer tonterías, viéndosela por lugares en donde no era propio que

estuviese una mujer casada.

Resultó que Elga y el propietario de una sala de fiestas, llamado Karl Mahon, intimaron. Ella gastaba en la sala de fiestas de Mahon considerables cantidades de dinero, y no todo procedía de su esposo.

Al final se supo que Elga había vendido a empresas extranjeras planos de su marido, y Mahon era intermediario, habiendo obtenido ambos grandes beneficios.

Y, de pronto, apareció el primer marido de Elga. Se ignoraba por qué razón el hombre estaba enterado de los sucios manejos de Elga y Mahon y amenazaba con denunciarlos, si no le daban una importante suma.

Elga Dolman, asustada, mató al ex banquero, desintegrándolo con una descarga de pistola atómica. Y todo se averiguó por un empleado de Karl Mahon, que, asustado, denunció a su jefe y a Elga.

Intervino la policía y la pareja fue detenida. Mixi Dolman tuvo que declarar e intentó defender a su esposa. Pero no pudo salvarla. Elga Dolman fue condenada a quince años de reclusión en la prisión subterránea de Kelmas, un complejo de hormigón y acero, a ciento veinte metros de profundidad, en medio del desierto.

Daila se entristeció al leer y escuchar las grabaciones de aquel informe, que había tenido lugar diez años atrás. De todo ello dedujo que Mixi Dolman había sido muy desdichado en su matrimonio y que procuraba olvidar todo lo relacionado con él.

Y, sin embargo, Mixi Dolman era un inteligentísimo hombre, cuyas teorías cibernéticas estaban asombrando al mundo.

Daila obtuvo abundante información de Mixi Dolman en distintas fuentes. La primera había sido Thomas Davi. También le hablaron de él en el departamento electrónico de la Universidad, en donde varios catedráticos tenían a Dolman en gran estima.

—Es el hombre más desordenado que he visto en mi vida. Pero posee un talento excepcional.

—¿Mixi Dolman? ¡Será elegido Catedrático del Congreso!

—Sólo puedo decirle que es un sabio... ¡Un genio!

Eran opiniones distintas, todas ellas importantes.

Y, por consiguiente, antes de continuar adelante, Daila archivó el expediente y decidió esperar a que transcurrieran quince días. Luego regresaría a Ridge Creek y vería de nuevo a los Dolman, padre e hijo.

* * *

Al descender de su «Hon-6», ante la casa de los Dolman, Daila Jarre encontró al pequeño Sim cortando unas flores del jardín. Al verla, el pequeño sonrió y fue hacia ella, diciendo:

—Me alegro de volverla a ver, señorita Jarre. ¿Verdad que no me obligarán a ir al Instituto?

—No lo sé, Sim. Tu asunto está pendiente todavía.

—Mi papá la está esperando. Ha encargado una comida especial para usted.

Daila sonrió y acarició la cabeza del muchacho.

—No tenía por qué molestarse. ¿Ya habéis terminado el robot?

—¡Oh, sí! Usted será la primera persona en verlo. Él quiere ir mañana a la Universidad de Memphis, a presentarlo ante profesores y estudiantes. Venga.

Nada más entrar en la casa, Daila observó el marcado contraste que existía ahora con la primera vez que vino. Todo estaba en orden, limpio, arreglado.

—¡Caramba, esto ha cambiado! —exclamó.

—Lo ha limpiado Ky durante la noche.

—¿Dónde está?

—Abajo, conversando con papá. Tienen un problema técnico. Venga usted.

La escalera del sótano estaba abierta. Siguiendo al pequeño Sim, Daila descendió, observando en el primer instante que el sótano-taller estaba también limpio y ordenado.

A mitad de la escalera se detuvo, al ver a Mixi Dolman ante el tablero de comprobaciones electrónicas, ¡hablando con un robot de aspecto humano!

Era el mismo aparato que quince días antes había visto desmontado. Y no dio crédito a lo que estaba viendo, porque el robot hablaba con voz clara y bien timbrada, sin hacer movimiento alguno.

—No, Mixi —estaba diciendo el robot—; esa conexión es ineficaz. La frecuencia de onda que transcurre por ella es muy amplia. El circuito trabaja a escaso rendimiento.

—¡Te digo que el cálculo es exacto, Ky! —replicó Mixi.

—Yo he efectuado el cálculo y me da un coeficiente marcadamente inferior. Te has equivocado, Mixi.

—¡Papá, ha venido la señorita Jarre!

Tanto el hombre como el robot se volvieron. La máquina giró lentamente sobre sus pies, para mover la cabeza y fijar los destellos verdes de objetivos oculares en la visitante.

Mixi, por su parte, avanzó hacia Daila con la mano extendida.

—¡Encantado de volver a verla, señorita Jarre! ¿Cómo se encuentra? Thomas Davi me dijo que había hablado usted con él.

—Sí... Tenía curiosidad por conocer su obra... ¡Es asombroso!

Daila se había acercado a donde estaba el robot y lo examinaba con

detenimiento. La boca del objeto era una ranura. Sus ojos, dos focos verdes, de fluctuante destello. La nariz no tenía utilidad alguna y sólo la llevaba para darle algún parecido con el hombre. Sus orejas eran redondas, auriculares, y estaban protegidas por una cubierta metálica.

Lo más singular eran sus «manos». Poseían cinco dedos de acero flexible, que surgían de una especie de manopla prensil. Luego supo Daila que podía manipular con soltura hasta pequeños hilos.

Y se mantenía erguido gracias a sus extremidades, en forma de planos giratorios que accionaban émbolos y resortes interiores, ¡a voluntad!

—Ky, muévete por aquí para que te vea la señorita Jarre —pidió Mixi.

—Sí. Ignoro cómo son los otros robots, pero a mí me han construido para que tenga tanta autonomía como un ser humano.

—Y si no posee selector de células, ¿de dónde saca esas palabras? ¿Cómo ha aprendido?

—Su selector de psicolía es un tratado perfecto de ciencias —dijo Mixi, mientras el robot se movía en torno a ellos —. Me explicaré mejor. El selector es una condensación de lenguas. ¡Sepa que Ky habla veintidós idiomas! Conocimientos técnicos, psicológicos, matemáticos, etcétera. Usted creerá que yo le he dado esos conocimientos, y no es así. Hay un canal vibratorio dentro de un tubo. Ese canal ha estado «absorbiendo», por así decir, infinidad de datos que le han facilitado una docena de profesores de la Universidad de París. Esos datos están ahí, dentro del selector de psicolía. Y unas bobinas los recogen, los modulan, los analizan y los razonan.

»Es más, si los hombres de ciencia que prepararon el canal vibratorio hubiesen cometido un error, el propio Ky es capaz de encontrarlo y rechazarlo.

»¡En él hay los conocimientos de muchos sabios juntos!

—¡Fantástico! —exclamó Daila—. ¿Entiende también de estadísticas?

—Pregúntele, por favor — pidió Mixi.

—Por ejemplo — dijo Daila, mirando al robot, con interés—, nosotros tenemos un problema en Comprobaciones legales. Llevamos seis meses de retraso entre datos reales y aparentes. Sabemos que hay doce mil millones de habitantes en la Tierra, y que cada minuto nacen diez mil nuevos individuos.

—Ésos son datos aparentes — dijo el robot —. Estoy analizando su enunciado. Continúe, por favor.

Sorprendida, Daila hizo la siguiente pregunta:

—¿Cuál es el número exacto de crecimiento por minuto entre los habitantes de todo el planeta?

—Nueve mil ochocientos quince. Este número hemos de modificarlo cada día, con un aumento de veinte constante. Ése es el promedio. El

cálculo es sencillo.

—Lo haré comprobar. ¿Estás seguro de la cifra?

—Comprobado.

—¿Qué le parece? —- preguntó Sim —. ¡Y sabe hacer juegos de prestidigitación! ¡E imita voces! ¡Y dibuja! ¿Dónde está el retrato que me hizo, papá?

Mixi extrajo una hoja blanca de una carpeta y mostró a Daila varios dibujos hechos con pluma catódica de colores. Eran auténticas reproducciones fotográficas, de trazo firme y seguro. La mano del dibujante no había vacilado ni una décima en la reproducción.

—Capto el modelo en un instante y lo reproduzco como lo he visto en ese momento — dijo Ky —. Sería imposible dibujar a Sim mientras se está moviendo. Es incapaz de permanecer cinco minutos quieto en un sitio.

Sim se acercó al robot y le tendió la mano.

Ky se la tomó, haciendo el gesto de estrechársela.

—Estoy atónita. Lo que ha hecho usted es increíble... ¡Se trata de un ser mecánico más perfecto que el hombre!

—No tenga la menor duda. Ky sería capaz hasta de administrar justicia.

—¿Supongo que se ha dado cuenta del peligro que eso significa? — preguntó Daila.

—¿Qué peligro? — quiso saber Mixi.

—¿Cree que el Congreso aceptará la presencia de algo capaz de corregir los defectos humanos?

—No tendrán más remedio que aceptarlo... ¡O destruirlo! — contestó Mixi, secamente—. Hay algo que usted ignora todavía. Ky es un robot dócil. Es esencial comprender eso.

»Ky no se rebelará jamás contra nadie. Se dejaría destruir antes de causar daño a nadie. Él lo sabe. Sabe que es superior a todos nosotros. Y no tiene flaquezas, ni complejos. Todo lo que es me lo debe a mí... Y a Sim. Sus conocimientos nacen de su canal vibratorio, producido por la ciencia de varios hombres ilustres. Su, digamos, conciencia, analiza todos esos datos y «piensa» en ellos.

»En realidad, Ky es muy joven y todavía carece de «experiencia». Necesita ver y oír. Entonces analizará, comparando. Creo que no será completamente útil hasta dentro de varios años.

»Pero, como se supone que nos verá morir a todos y él seguirá en la vida, llegará un momento en que su consejo habrá de ser admitido como infalible. La gente tiene que acostumbrarse a él.

»Escuche, vayamos a comer. Tengo que hablar con usted largo y tendido de todo esto. He pensado un programa que deseo presentar al Congreso.

Salieron del sótano, seguidos de Ky, el cual se movía suavemente

detrás de ellos, caminando junto a Sim.

Sus trescientos kilos de peso hacían temblar ligeramente el piso.

—Prepáranos la mesa, Ky — dijo Mixi.

El robot fue al tablero de control electrónico y pulsó varios botones, haciendo surgir por trasmutación de materia una mesa, junto a la ventana, tres sillas, y luego los platos, convenientemente arreglados, que habían preparado antes en la cocina.

—Observe qué buen cocinero es Ky — dijo Sim —. Lo ha hecho todo él. Los productos los ha traído un recadero del mercado. La salsa está en su punto, los huevos cocidos y cortados. El asado no tiene ni un grado más ni menos de calor.

Efectivamente, era así. Y hasta la distribución de los cubiertos, previamente dispuestos en la cocina, para ser trasmutados, ofrecían un recreo para la vista.

Se sentaron y Ky permaneció de pie, a un lado, inmóvil.

—Dudo mucho que el Congreso admita la existencia de algo tan perfecto —dijo Daila—. Ya conoce usted la condición humana. Todas las concesiones hechas al progreso han costado ríos de sangre... Y sospecho que la gente no está preparada aún para esta novedad.

»Por otra parte, sacrificar a Ky sería abominable. A usted le ha costado muchos años de trabajo y dinero. Es una obra perfecta.

—Quiero ganarme el apoyo de la ciencia. Casi lo tengo. Ky maravillará, lo sé. Si la ciencia lo admite, el Congreso tendrá que admitirlo. Él no es un peligro para nadie.

—Quiero tener su confianza, señor Dolman. Más no la tengo.

—¿Qué peligros ve usted?

—Precisamente, los de su perfección. Eso será el peor obstáculo. Si quiere usted un buen consejo, no presente a Ky a ninguna parte.

—¿Pretende que lo tenga oculto aquí?

—O en otra parte. Que no sepa la gente lo que es, ni lo que es capaz de hacer. Eso le beneficiará exclusivamente a usted. Bien estudiado, Ky puede ser una fuente inagotable de riqueza.

—No soy ambicioso, señorita Jarre. Mi único interés es contribuir al progreso de la humanidad. Y Ky es más perfecto, no digo que los hombres, sino que la mejor y más perfecta de las computadoras robóticas que se conocen.

—¿Y obedece a otras personas?

—A todo el que le mande.

—¿Puede... matar?

—Ya le dije que sí. Pero tiene que encontrarlo justo y necesario.

—¿Y si encuentra justo matar a alguien y los demás no opinan así, qué ocurrirá?

—Permítame intervenir, señorita Jarre —habló el robot, con su peculiar e inflexible gravedad—. Yo no mataré a nadie, ni en casos de justicia. Y acerca de eso debo manifestar que los hombres no han solucionado jamás sus problemas con matar a sus enemigos. El mal que haya podido hacer un criminal no se repara castigando al culpable. Lo que yo puedo hacer es evitar el daño antes de producirse.

»Yo «anticipo», por raciocinio lógico, lo que alguien puede hacer en un momento determinado, acuciado por presiones internas y externas. Para ello debo conocer los datos. Sé dónde está la mentira y la verdad, la absoluta, me refiero, porque verdad no es todo lo que parece como tal.

—¿Y puedes saber entre varias personas que hablen delante de ti quién miente y quién dice la verdad? —preguntó Daila.

—Sí. Yo puedo.

—Entonces, con más motivo, creo que serás destruido, Ky —dijo Daila, amargamente.

—Yo no permitiré que nadie haga daño a Ky.

—¡Pobre muchacho, qué poco conoces a la jauría humana! Ahí mismo, a diez minutos escasos, hay una población de sesenta millones de seres que luchan día a día por subsistir. Un sistema legal vela por el orden, y sin embargo, todos los días se cometen miles de delitos contra todos los derechos conocidos. Se implantan leyes y los hombres pronto las burlan en esa lucha increíble que, desde el principio de los tiempos, sostienen entre sí, unidos o separados, para saciar sus instintos.

»¡Y nada ni nadie, ni siquiera un robot, es capaz de cambiar a los hombres, que, en la mayoría de los casos, obran siempre a impulsos egoístas!

»Cambiar ese sistema es inútil, porque todos los hombres llevan en sí leyes inmutables de herencia.

—Las leyes de la herencia son mutables, señorita Jarre —dijo Ky—. Los hombres enfermos pueden sanar y los muertos resucitar, si se les atiende a tiempo... ¡Y yo puedo hacer mucho más bien que mal a la humanidad, y estoy dispuesto a demostrarlo!

—¡Pobre Ky, qué corta será tu existencia si sales al exterior! —exclamó tristemente Daila Jarre.

III

Cincuenta hombres de ciencia se reunieron en un aula de la Universidad de Memphis para ver a Ky. La presentación del robot tenía que ser semiprivada y el decano, a ruego de Mixi Dolman, fue exigente en ello. Cuando los catedráticos estuvieron reunidos, Mixi se levantó y tomó la palabra para decir:

— Señores, les hemos reunido aquí para presentarles un robot creado por mí. No quiero decir nada más. Es un I.C.K.234, único en su especie. Habla en varios idiomas, y es un compendio científico que ustedes mismos juzgarán. Con el permiso de ustedes...

Al decir esto, Mixi pulsó un botón que había sobre el tablero de la mesa, y una puerta posterior, detrás del estrado, se descorrió para aparecer Ky, acompañado del pequeño Sim.

Muchos profesores alargaron el cuello al ver entrar al robot en el aula. Otros permanecieron impasibles, sin sospechar de lo que se trataba.

En la mesa de la presidencia, a cuyo extremo estaba Mixi, el decano y sus consejeros se volvieron. Para ellos también era una novedad. Sólo el rector y el vicerrector, que habían hablado con Ky, estaban un tanto nerviosos, porque sabían que el impacto iba a ser grande.

El decano dijo:

—Damos la palabra a Ky. Por favor, presten atención.

Ky avanzó hasta el borde de la tarima y movió la cabeza. Su fluctuante mirada recorrió los rostros de los asistentes, pasando sobre un grupo que estaban en un extremo, con expresión de reconcentrado interés. Y se detuvo a mirar a un hombre en particular.

Funcionaron sus células sensoriales y entonces habló, diciendo:

—El hombre a quien obligo a ponerse en pie no es un catedrático de esta Universidad, sino un agente de una importante compañía que especula con ingenios técnicos. Ese hombre se pondrá en pie, saldrá de la sala y olvidará haber estado jamás aquí.

El poder telepático de Ky hizo que el hombre aludido se pusiera automáticamente en pie y abandonase su lugar, ante el estupor de los presentes.

Dos encargados de la puerta parecieron titubear.

—¡Detengan a ese hombre e identifíquenle! —exclamó el rector—. Deseo saber quién es y cómo ha llegado hasta aquí.

—No es necesario —aclaró el robot—. Saldrá y no dirá nada. He condicionado su mente a la obediencia.

—Pero ¿qué comedia es ésta? —exclamó un catedrático, poniéndose en pie, airadamente.

—No se trata de ninguna comedia, profesor Elvian — respondió el robot, mirando al hombre que había hablado—. Estoy dispuesto a darle todas las satisfacciones que estime necesarias.

»Esta reunión ha sido convocada para catedráticos, y ese individuo no lo era. Por eso le he descubierto. Iba a tomar fotografías por medio de una máquina oculta. No ha logrado su objeto.

—Bien, ¿qué tenemos preparado aquí? ¿Un entretenimiento?

—Debo decirles que soy un robot, creado por el ingeniero Dolman, ex alumno de esta facultad y poseo un selector de psicolía. Tengo, pues, la facultad de pensar, razonar, diagnosticar, obrar y juzgar. Soy telépata, hipnotizador y poseo una memoria muy por encima del promedio humano. En mí concurren los conocimientos de una docena de sabios doctores.

—¡Eso es imposible! —exclamó otro catedrático—. Aunque admiro el talento de quien ha creado este artilugio..., ¿qué clase de máquina es ésta?

—Pueden examinarme a través de rayos «Roetgen», señores, o microetgen. Los rayos «X» no me atraviesan. Soy inmune a las radiaciones termonucleares, y estoy aquí, especialmente, para someterme a la prueba de doctorado. Si soy incapaz de responder a una sola de las preguntas que me formulen, rechácenme.

—¿Poseen tus circuitos conocimientos de astronomía? — preguntó un catedrático.

—Carezco de circuitos impresos, por eso mis conocimientos son por análisis. Puede preguntarme lo que desee.

—¿Cuál es el consecuente de una órbita parabólica de tipo Arhem? Dudo que el ingeniero Dolman sepa eso, y que, por tanto, haya incluido una respuesta en sus circuitos.

—El consecuente es análogo al antecedente de la misma órbita, subdividido por un coseno. ¿Es exacto esto, señor Creno?

Una extraña palidez se había extendido por el semblante del catedrático, que veía contestada su pregunta... ¡Y le daban su nombre auténtico!

Un murmullo de comentarios se extendió por el aula. Hubo un hombre que se levantó y subió a la tarima, suplicando al decano y al rector:

—¿Puedo examinar este robot de cerca?

—Puede usted — dijo el decano.

El catedrático miró detenidamente a Ky y luego rogó a Sim:

—¿Quieres apartarte un poco, pequeño?

Sim se retiró unos metros.

—¿Cómo me llamo yo, quién soy y qué cátedra tengo?

—Gel Fiumme, ingeniero electrónico y robótico, y tiene la cátedra de

cibernética.

En efecto, el aludido se llamaba así. Sonrió y se volvió a donde estaba sentado Mixi Dolman.

—Tú me conoces, Mixi. Y sabes que un transmisor de curio puede transmitir tu pensamiento a las células de este robot. ¿No puedes ausentarte unos momentos? Deja aquí a tu robot.

—Eres muy desconfiado, Gel. Pero saldré. No me tengas mucho tiempo fuera.

—Te doy tiempo de ir hasta el bar, tomarte un cordial y volver.

—De acuerdo. Con permiso, caballero — dijo Mixi, levantándose y yendo hacia la puerta posterior, detrás de la que había dos bedeles vigilando.

Cuando Mixi hubo salido, Sim dijo:

—Ky es un auténtico robot, señor Fiumme. Su aspecto está diseñado por mí. ¿Verdad que es atractivo?

—Sí, Sim — sonrió el cibernético —. Y tu padre es listo. Pero no le creo capaz de hacer nada así.

—Mi papá no miente. Puede usted preguntar lo que quiera a Ky.

Gel Fiumme hizo más de veinte preguntas. Obligó a Ky a tomar toda clase de posturas y a efectuar una demostración de telepatía hipnótica, para lo que se prestó un catedrático.

El resultado fue un éxito indiscutible, aunque, como predijo Daila Jarre, hubo allí hombres que se mordieron los puños de envidia al darse cuenta de la maravilla realizada por Mixi Dolman. Éste regresó para dar una conferencia una vez terminadas las pruebas.

—Ky puede realizar una operación quirúrgica, repasar los cálculos del lanzamiento de una nave espacial, descifrar un rompecabezas y construir un reloj electrónico —dijo Dolman.

—Las pruebas han sido concluyentes, señor Dolman — habló el decano —. A nadie aquí le queda la menor duda sobre la autenticidad de este asombroso robot, al que, por mucho que nos duela, hemos de considerar mejor que nosotros.

»Y eso es, precisamente, lo que me preocupa. Como fruto de la técnica más depurada, es una obra de arte. Pero como peligro social...

El decano hizo una intencionada pausa.

—No existe tal peligro, señor decano — se apresuró a decir Dolman—. Ky es dócil y sumiso.

—Honradamente, estoy dispuesto a aceptar eso, señor Dolman. Pero nos coloca a todos en insegura posición. Es más inteligente que su propio constructor... Ha analizado y llegado más lejos que los que grabaron el canal vibrador del selector de psicolía. ¿Qué pensarán ellos? ¿Qué piensa usted?

—Lo que debemos pensar todos, que la ciencia ha puesto en nuestras manos un instrumento auxiliar valiosísimo y que debemos utilizarlo sin complejos de ninguna especie.

—Alguien puede sustentar una teoría, por la que ha estudiado cuarenta años, y este I.C.K.234, con su profundo análisis, destrozársela con una palabra. Para ese hombre, la decepción puede, ser funesta y dolorosa.

—Y, por no molestar a nadie, ¿hemos de aceptar una teoría descabellada y absurda?

—A veces la ilusión está muy cerca de la verdad, ingeniero Dolman. El progreso de la humanidad ha sido lento, pero seguro. Usted sabe que durante años, siglos incluso, se han sustentado teorías que luego han resultado falsas.

—¡Eso nos ayudará a salir de errores, señor decano!

—Sí, muy cierto. Pero ¿a costa de qué?

—¡A costa de la verdad indiscutible!

—Nadie aceptará verdades que vienen de una máquina.

Entre los catedráticos esta discusión había suscitado vivo interés. Y no tardaron en surgir los detractores de Dolman, así como sus seguidores.

—¡Este robot es monstruoso!

—¡Ignorantes! ¡No sabéis lo que estáis diciendo! Por vez primera en la historia, tenemos algo verdaderamente útil, sin discusión.

—No estoy de acuerdo con usted, profesor Swanty.

—Ni yo tampoco. Una máquina capaz de leer nuestros pensamientos más recónditos es peligrosa.

—Eso nos obligará a obrar bien.

—¿Ha obrado usted siempre bien, señor Grammer?

—¡Siempre!

—¡Mentira!

—¡Silencio! ¡Orden, por favor!

En el aula, los ánimos estaban ya excitándose. Algunos catedráticos se habían puesto en pie y lanzaban denuestos contra otros. Y hubo hasta quien propuso, a voz en grito:

—¡Hemos de destruir a ese robot infernal!

Fue entonces cuando Ky, moviendo la cabeza en derredor, hizo fluctuar intensamente sus ojos, qué despidieron verdes y cortos rayos, y toda la asamblea quedó en silencio, estática.

—Caballeros, deberían ustedes avergonzarse de sus actos y palabras — dijo el robot, poniendo su mano sobre la cabeza del asustado Sim —. Este niño puede darles a todos lecciones de urbanidad. Es bochornoso lo que están haciendo.

»Yo lo sé, y ustedes lo saben también como yo, que vengo a beneficiarles a todos. Les duele, empero, saber que sus pensamientos

quedan al descubierto conmigo. Eso es tanto como admitir que no hay nobleza en sus ideas.

»Pero eso puede ser arreglado. Influiré en todos para que me acepten. Es fácil inducirles a creer en mi utilidad práctica... Considérenme todos como una valiosa realización.

»Y ahora, por favor, siéntense. El señor Dolman tiene algo más que decirles. Les ruego no le interrumpan.

Los catedráticos, sojuzgados por el poder hipnótico del robot, se sentaron. Ninguno había perdido su voluntad de pensar. ¡Pero ahora estaban convencidos de que Ky era, sin duda, un fabuloso adelanto técnico y científico!

— Caballeros, yo podría explotar a Ky en provecho propio. Todos sabemos que, en un mundo materializado como el nuestro, eso me reportaría grandes beneficios. Pero no lo haré.

»Mi robot me ha costado años de trabajo, grandes sumas de dinero y muchas horas de sueño. Primero concebí su funcionamiento y utilidad. Estuve mucho tiempo conectando las piezas que formarían este conjunto, eligiendo los materiales, trazando, esquematizando.

»Mi hijo, al que aquí ven, me ha ayudado también mucho. Pero quien más me ha ayudado, ha sido el propio Ky, cuando no era más que una caja de vibraciones sensoriales.

»Ahora, mi trabajo ha terminado. No quiero que se destruya, en beneficio de mezquinos intereses. La humanidad ha de afrontar el hecho de que una máquina sea más perfecta intelectualmente que nosotros.

»Pero es que nosotros somos así, no por designio divino, sino por principio hereditario, genético, ancestral. Es la historia la que nos lleva de la mano hacia un destino que este robot nos va a revelar. Sólo tienen que preguntarle y les contestará como me ha contestado a mí.

»¿Desean saber a dónde está abocada la humanidad? ¡Al desastre! Ky lo sabe y lo puede demostrar matemáticamente. De seguir como vamos, nosotros mismos nos destruiremos. Tenemos el poder para aniquilarnos todos en un segundo. Sólo falta la mano ejecutora. Y entre doce mil millones de seres, el cálculo más exacto nos demuestra que más de veinte millones de seres humanos gozarían con el aniquilamiento total de la humanidad, aunque perecieran ellos.

»Otro cálculo demuestra que cien mil personas tienen, al alcance de sus manos, el poder de aniquilarnos a todos. ¿Cuándo ocurrirá eso?

—Si la situación no cambia, el cálculo de probabilidades me indica que un hombre intentará destruir el mundo el día ocho de mayo del año 2.411 —intervino Ky, con su peculiar gravedad en el hablar.

—¿De dónde has extraído esa fecha, Ky?

—De la deducción lógica —contestó el robot—.

Pero no la puedo explicar, porque nadie me comprendería. Quiero señalar, por tanto, que a la humanidad le quedan unos quince años de existencia.

—¿No estás equivocado, Ky? —preguntó Dolman.

—No.

—¡Pues es preciso evitar eso!

—Para evitarlo, necesito descubrir al hombre que lo intentará hacer, dentro de quince años. Y puede ocurrir que, para entonces, ya no esté yo en el mundo. Pero si estoy, será tarea ardua descubrir a uno entre mil millones de seres que entonces vivirán en la Tierra y sus colonias del espacio.

—¡Inaudito! —exclamó entonces el Rector—. Aún no he reaccionado de las cosas asombrosas que acabo de escuchar aquí. Pero se me ocurre pensar en el Congreso. Son ellos, y no nosotros, los que tienen que decir la última palabra.

—Ya he pensado en eso, señor Rector —dijo Dolman—. Primero quise darles a conocer a Ky a ustedes. Luego, informar al Congreso. Para ello quisiera tener un informe de esta Universidad, sobre la autenticidad técnica y científica de I.C.K.234.

Esta proposición se aprobó por mayoría y se grabó en una memoria ferrocuria, que se guardó Mixi Dolman. Luego, los catedráticos, haciendo comentarios, abandonaron el aula.

* * *

El secreto estaba ya revelado y Mixi Dolman comprendió que la noticia correría ahora como reguero de pólvora, como así sucedió. Por este motivo, había decidido no volver, de momento, a Ridge Creek.

Y para ello, se había puesto de acuerdo con Daila Jarre, a fin de refugiarse en el único sitio donde nadie podía encontrarlos, que era el propio alojamiento oficial de Daila, situado en el edificio de la Administración local.

Como todo funcionario público, Daila poseía un apartamento privado dentro del mismo edificio.

Al salir de la Universidad tecnológica, Mixi, Sim y el robot Ky entraron en el «Hon-6» de Daila y se trasladaron hasta el aparcamiento subterráneo del edificio de la Administración. Allí, sin ser vistos, tomaron un ascensor y fueron directamente al apartamento de Daila, que era un conjunto de tres salas decoradas y arregladas con exquisito gusto.

Nada más entrar, Sim exclamó:

—¡Oh, qué bonito es esto!

—Y las vistas que se contemplan desde la terraza son magníficas. Pero no les aconsejo que salgan a ver el paisaje. Alguien podría verles.

—Me preocupa lo que va a ocurrir ahora —dijo Mixi, sentándose en una butaca y aceptando el refresco cordial que le ofreció Daila de un bar electrónico empotrado en el muro.

—La noticia ya se estará extendiendo por todo el país — admitió Daila. — Los catedráticos la divulgarán.

—¿Podemos ver las habitaciones? —preguntó el pequeño Sim, curioso por naturaleza.

Daila asintió, llevando a sus visitantes hasta su propia alcoba, el baño, la cocina y la sala de estar. Allí había un televisor 3D. panorámico y superpancromático, varios reclinables de inducción magnética, cuadros y fotografías en relieve de paisajes jovianos, así como adornos deportivos.

También, sobre una mesita, había una «caja oficial», color verde.

—¿Qué es esto? —quiso saber Sim.

—Es propiedad del estado — contestó Daila —. Ahí tengo los registros de identidad, mi arma atómica y una célula de control que me pone en contacto con mi Departamento en Kapital. Como ves, parece hermética y no tiene cerradura. Sólo yo soy capaz de abrirla... ¡Y supongo que Ky también debe de saber cómo se abre!

—Sí —contestó el robot—. Pero no sería leal revelarlo, tratándose de un secreto oficial.

—Gracias, Ky —dijo la joven—. Y como han de estar aquí unos días, hasta que el Congreso se reúna, autorizo a Ky para que utilice mi cocina y ponga en orden las cosas que no encuentre a su gusto.

—Es usted muy amable... Gracias —contestó el robot.

Inmediatamente, Ky penetró en la cocina, acompañado de Sim, mientras que Daila y Mixi regresaban al salón para preparar los siguientes pasos del programa.

—Es muy buena la señorita Jarre, ¿verdad, Ky? — preguntó Sim, al quedar solos.

—Muy buena. Muy guapa. Muy inteligente. He estudiado su mente. Obtuvo el puesto de funcionaria pública en una reñida oposición, hace dos años. Ella y un licenciado en derecho obtuvieron los puntos más altos de clasificación. Pero la señorita Daila le ganó por tres puntos.

—Es un consuelo saber que está de nuestra parte. ¿Por qué lo hace, Ky?

—Se ha enamorado de tu padre — contestó el robot.

—¡Oh! —se sorprendió el muchacho, mirando a su nuevo y metálico camarada.

—No te extrañe, Sim. Ella vive sola y tu padre también. Se compenetran muy bien. Y si se casaran, serían felices. Ser feliz en la vida, es muy importante, Sim.

—Pero mi padre está casado con mamá, Ky — musitó el muchacho, tristemente.

—Ya lo sé. Y tu madre está pagando un error grave, aunque la culpa no fue enteramente suya. Al estudiar a tu padre, he conocido también a tu madre, Sim. Es una mujer muy bella, pero voluble y sin espíritu.

—¿No fue culpa de mamá lo ocurrido?

—No.

—¿De quién fue?

—De un amigo que se buscó, llamado Karl Mahon, un aventurero sin escrúpulos. Él fue quien obligó a tu madre, administrándole drogas, a sustraer los planos de tu padre. También fue Mahon quien la indujo a matar a Claude Emeritt, poniéndole una desintegradora en la mano y obligándola a disparar.

»Tu madre actuó dominada por la voluntad de Mahon y por el influjo de las drogas ingeridas. Es una triste historia, Sim, y sé que te duele saber eso. Pero creo que debes saber la verdad. No hay herida que no cure sin dolor.

»La verdad duele, pero cura y se acepta como saludable. Y en tu mente infantil, una mentira te causaría más daño que la verdad. Yo he estudiado eso, Sim.

—Y, si mi madre es inocente, ¿por qué está en Kelmas?

—No es inocente del todo. Ella os abandonó, Sim. Su tendencia era la frivolidad; la vida alegre y fácil. Era una irresponsable. Tampoco tenía talento y eso fue su perdición. Hay muchas personas así.

—Yo quisiera que mi madre fuese buena —suplicó Sim.

—Tal vez yo pueda ayudarte, Sim.

—¿Cómo?

—Operando a tu madre. Hay en su mente un sector que puede ser alterado por un rayo sonda, extirpando el mal que contiene.

—Pero si está encerrada...

—¡Podemos sacarla de allí! —dijo Ky, gravemente.

Estas palabras harían pensar intensamente a Sim.

IV

En el salón, Dalia y Mixi Dolman sostenían una conversación relacionada con la que, en la cocina, sostenían Ky y Sim.

—Me engañó usted la primera vez que fui a verle a Ridge Creek, Mixi —dijo Daila, sentándose frente a su invitado.

—¿La engañé? No comprendo.

—Me mintió acerca de la supuesta separación de su esposa. He averiguado toda la verdad.

Mixi bajó la cabeza y miró el contenido ambarino del vaso que sostenía entre las manos.

—No tenía por qué decirle que Elga...

—Debió suponer que yo tenía medios para averiguarlo.

—Sí, naturalmente. Pero me molestaba hablar de ese asunto, ¡y más estando Sim delante!

—Así lo comprendí yo. Dígame una cosa, por favor. ¿Quiere usted todavía a su mujer?

Mixi no respondió. Daila le miró con fijeza, para añadir:

—Dentro de cinco años, ella saldrá de Kelmas... ¡Dentro de quince, un loco destruirá el mundo!

—El tiempo es inexorable y acabará con todo, incluso con las pasiones —musitó Mixi—. Pero no tema. Sé que Ky también se equivoca.

—¿Lo ha comprobado usted?

—A medias. No soy capaz de profundizar tanto como él. Me lo dice el instinto. Por otra parte, su predicción no significa que sea cierto. Él sabe que puede ocurrir. Su mente es matemática y se rige por principios matemáticos. Calcula y obtiene un resultado lógico, pero no seguro.

—Lo que sí es seguro es la libertad de Ega Dolman dentro de cinco años — insistió Daila —. Y la ley la obligará a volver con usted, porque no se preocupó de solicitar la anulación matrimonial. Estaba en su derecho y se la habrían concedido.

—No quise hacerlo... Tampoco estrangularía a un hijo, si naciera con taras. Soy consecuente, señorita Jarre.

—Le comprendo. Se atendrá a las consecuencias.

—¡Siempre! Y pase lo que pase, seguiré adelante con Ky.

—Le admiro, Mixi. Sabe que tiene la partida perdida de antemano y se mantiene firme en su ideal. Hay pocos hombres como usted.

—Sim es igual que yo.

—Él es un niño... Pero dejemos eso, Mixi. Hablemos de nosotros.

—¿De nosotros?

—Sí. Cuando le conocí, me gustó usted. No me he casado por no haber encontrado a nadie que cumpliese los requisitos que yo exijo a mi futuro esposo. Usted reúne esos requisitos.

—¿Me está proponiendo que me case con usted, Daila? —exclamó Mixi, sobresaltado.

—No me ha entendido. Le estoy hablando sin rodeos. Le digo la verdad. Con usted no se puede tratar de otro modo, porque está en posesión de toda la verdad. ¿No ha hablado con Ky de mí?

Mixi volvió a bajar los ojos al suelo.

—Sí —musitó.

—¿Y qué le ha dicho?

—Pues... Me hizo ver que Sim tiene una madre que puede ser salvada.

—¿Eso le ha dicho? ¿Cómo?

Casualmente, en la cocina se estaba hablando de lo mismo, en aquel preciso instante. Mixi Dolman repetía, casi exactamente, las palabras de un robot:

—Operando a Elga. En su mente hay una región que puede ser tratada con un rayo sonda. Su «dolencia», por así decir, y en realidad no es otra cosa sino una dolencia, puede ser extirpada.

»En realidad, Elga no es mala. Tuvo un matrimonio infortunado con Claude Emeritt.

—¿El banquero de Nueva York?

—Sí. No podía tener hijos. Esto trastornó un poco a Elga, que se lanzó a la vida artificial, provocando la ruina de Emeritt. Me consta que intentó cambiar cuando yo la conocí. Hicimos maravillosos planes.

»Luego nació Sim. Nuestra dicha parecía ser eterna. Sin embargo, el mal estaba ya afianzado a su mente. Jaquecas, neuralgias, hipersensaciones. Yo no me di cuenta de ello nunca. Creí que la tendencia de Elga era aquella. Y decidí apartarme de su vida, yéndome a Ridge Creek, con Sim.

»Luego ella volvió. Me engañó, tuvimos escenas violentas, me robó importantes trabajos de la Asociación Farmer. Y, al final, el desastre.

Daila suspiró y dijo:

—Es una verdadera lástima, Mixi. Había llegado a hacerme ilusiones contigo,

—Deséchalas. Tú y yo no podríamos ser felices nunca.

—Te agradezco en el alma la honradez —dijo ella, poniendo su mano sobre las de él—. Incluso en eso eres noble.

—No puedo ser de otro modo.

Hubo una dramática pausa entre ambos. Ninguno sabía cómo reanudar la conversación. De no haber sido por la llegada de Sim, quizá la situación se hubiese hecho embarazosa.

*   *   *

—¡Dice Ky que mamá puede ser curada! —exclamó el pequeño.

Mixi se volvió a mirar a su hijo.

—¿Te gustaría que mamá volviera con nosotros?

—Sí, pero libre de su dolencia. Y dice Ky que puede ayudarnos.

Daila Jarre se puso en pie y se acercó al muchacho, abrazándole maternalmente.

—La sangre es más impetuosa que la corriente de los ríos, Sim... Y estaba pensando en que, si Ky no es útil para solucionar los problemas de la humanidad, que son muchos y muy complicados, tal vez la Providencia os lo haya enviado para solucionar vuestro propio problema.

—No la entiendo. ¿Qué quiere usted decir? —preguntó el muchacho.

Daila se volvió y miró a Mixi.

—Hay que esperar aquí, ocultos, tres o cuatro días, a que se reúna el Congreso. Y se me ha ocurrido trasladarme al desierto de Kelmas y efectuar una visita a la prisión subterránea. Como funcionaria pública me está permitida la entrada... ¿Qué dices a esto, Mixi?

—¿Crees que hay...?

—Si no lo hay, Ky puede encontrarla. ¿Te parece bien?

—Me parece un sueño, Daila — musitó Mixi.

—Ve y dile a Ky que venga, Sim. En estos tres días podemos hacer algo... ¡Y no conviene desaprovechar el tiempo! No sabemos si Ky estará con nosotros la semana próxima.

Sim salió corriendo mientras Mixi se levantaba y tomaba a Daila de los brazos, mirándola intensamente a los ojos.

—Si no saliera bien, Daila, me casaré contigo. Pero, antes que tú, está la madre de Sim.

—Te he comprendido —murmuró ella, apoyando su cabeza en el pecho de él; se apartó casi inmediatamente, al escuchar los fuertes pasos de Ky, aproximándose.

Restablecida la compostura y secándose disimuladamente los ojos, Daila se volvió a Ky y le preguntó:

—¿Qué necesitas para operar a Elga Dolman?

—Una sonda electrónica de una diezmillonésima de rayo cobáltico... ¡Y la paciente, naturalmente! No creo que me dejasen entrar en el submundo de Kelmas.

—¿No? Pues... No lo sé —dijo Daila—. Dejadme meditar. Yo puedo entrar en Kelmas y hablar con Elga. Soy funcionaria pública y tengo mis credenciales... Se me ocurre algo ingenioso y atrevido.

—¡No! —exclamó Ky, retrocediendo un paso, al captar el pensamiento de la funcionaria de Comprobaciones legales—. Si fracasa... ¡Y puede

fracasar por muchos motivos!

—¡Creo que podré convencerla! —casi gritó Daila.

—¿Y cuándo se vea libre? —preguntó Ky.

Mixi, que ignoraba a lo que se estaban refiriendo, no pudo por menos que exclamar:

—Pero, ¿qué estáis tramando?

—La señorita Jarre ha pensado ir a Kelmas y quedarse en el puesto de Elga mientras ella sale al exterior y se somete a mi operación —dijo Ky—. Pero es una temeridad. Si algo no sale bien...

—Antes de intentarlo hablaré con ella. Es una solución buena. Llevaré una máscara de carne artificial oculta, que Elga puede ponerse para salir en mi puesto. Una vez operada, regresaré a la prisión y entonces podemos pedir una revisión o esperar a que salga dentro de cinco años.

»Preveo que en la reunión del Congreso se pueden hacer especulaciones sobre todo esto y conseguir un perdón especial del Presidente Keft. Hemos de aprovechar la ocasión o luego puede que sea tarde.

»Iremos al desierto en dos vehículos. Yo llevaré mi «Hon-6» y vosotros podréis llevar una ambulancia-quirófano. Nadie os molestará. Os quedaréis a prudente distancia, ocultos. Cuando salga Elga, irá a donde estaréis esperándola.

—¿Y si no va? —preguntó Mixi.

—Por ver a Sim, irá.

—No estoy yo tan seguro —dijo Mixi—. Pero si quieres...

—Sí, quiero — dijo Daila, tajante.

—¿Y te das cuenta del riesgo que corres? Como funcionaria pública, ayudar en una evasión sería tu ruina.

—Estoy obedeciendo los mandatos de mi corazón, no los del deber — replicó Daila —. Y por lo tanto, me atendré a las consecuencias. Ahora, iré a buscar lo que necesitamos. He de hacerme una máscara de mis mismas facciones. Buscaré la ambulancia y lo tendré todo preparado para esta misma noche.

»Vosotros no os mováis de aquí, pase lo que pase. Nadie debe entrar, ni vosotros salir. ¿Comprendido?

Daila se dirigió hacia la salida del apartamiento. Antes de abrir la puerta, Mixi la alcanzó, sujetándola del brazo y preguntándole:

—¿Por qué haces esto, Daila?

—¿No lo has comprendido, Mixi?... Al conocerte, creí haber hallado la felicidad. No ha sido así, aunque será un placer contribuir a la tuya. Debe ser influjo de Ky, pero me estoy haciendo buena y no deseo avergonzarme de mis actos.

Daila salió antes de que Mixi pudiera contestar.

*   *   *

Una torre metálica de observación y vigilancia, rematada por una modernísima antena fija de radar, se alzaba en aquel inhóspito paraje, antaño utilizado para experiencias nucleares, después de la guerra de los Tres Días entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que tantas víctimas costó a ambas naciones.

Kelmas era ahora, una vez limpio de contaminación radiactiva, un lugar fatídico y siniestro. El nombre se debía a la prisión y no al desierto, y allí se albergaban los condenados de todo un continente.

Jamás había escapado nadie de aquel lugar y no era probable que nadie pudiera escapar nunca. Los recluidos a condenas mayores se encontraban en el último piso, abajo, en las mismas entrañas de la tierra, encerrados en celdas individuales, sin poder ver la luz del sol bajo ningún concepto.

Los condenados a penas menores se encontraban en los pisos superiores, escalonados, según los años que tuvieran de encierro. De esta suerte, los penados a veinte años de reclusión estaban en el piso veinte de la cárcel, propiamente dicha, ya que había tres pisos —los superiores y cerca de la superficie— destinados a guardianes, oficinas y servicios auxiliares. Así, de mayor profundidad a menor, se encontraban los recluidos con menos años de encierro.

El director de aquel complejo público era un hombre duro y eficiente, llamado Ian Corsé, y tenía derecho a matar a cualquier prisionero que se rebelase contra la disciplina interior.

En Kelmas sólo existía un lema: «Cumplir la condena impuesta por la ley, o morir». Y el director Corsé se encargaba personalmente de que esto fuese cierto.

Casualmente, Ian Corsé había subido a la torre de vigilancia exterior, a contemplar la llanura desierta, cuando un funcionario advirtió que la pantalla del radar había detectado un vehículo aproximándose al área de la prisión.

—¿Hay aviso de la llegada de algún detenido? — preguntó Corsé.

—No, Excelencia.

—¡Que detengan a ese vehículo en la cota tres! — ordenó el director.

—Sí, Excelencia.

Inmediatamente, al presionar un conmutador eléctrico, se pusieron en funcionamiento los servicios de seguridad, cerrándose automáticamente los ascensores y quedando bloqueados todos los accesos al interior de la prisión.

Al pie de la base, se levantaron unas compuertas metálicas, saliendo vertiginosamente seis vehículos blindados, provistos de armas paralizantes y desintegrantes, que partieron, como saetas, a interceptar al vehículo no

autorizado a penetrar en la zona.

Desde lo alto de la torre de vigilancia, provisto de un potente teleobjetivo electrónico, el propio Ian Corsé distinguió el «Hon-6» en el que se aproximaba Daila Jarre.

Vio los blindados del servicio de vigilancia y promoción exterior acercarse al «Hon-6» y cortarle el raso. Al poco, se iluminó una pantalla visora, apareciendo el semblante del oficial de vigilancia.

—Excelencia, interceptado un «Hon-6», procedente de Memphis. Interrogado su único ocupante, ha recitado ser la funcionaria pública Daila Jarre, de la Oficina de Comprobaciones Legales del Congreso.

—¡Ah! —exclamó Ian Corsé, aliviado—. Háganla venir inmediatamente y condúzcanla a mi despacho.

—Sí, Excelencia.

Ian Corsé abandonó inmediatamente la torre, utilizando uno de los ascensores magnéticos, y descendió hasta el primer piso de la prisión, para dirigirse a su amplio y bien iluminado despacho. Pantallas reflectoras colocadas en el techo, llenaban de luz aquel lugar, amueblado lujosamente.

Ian Corsé tocó Un timbre, haciendo venir a su mayordomo.

—¡Mi uniforme azul, Haul! ¡Pronto!

—¿Ocurre algo, Excelencia?

—Tenemos visita de inspección —contestó Corsé, inclinándose sobre el tablero de comunicaciones de su mesa y presionando el botón de secretariado—. Farrell, ordena inmediatamente situación de revista en todo el complejo. Nos visita una funcionaria del Congreso.

—¡Demonios, eso se avisa con tiempo!

—Yo la entretendré, Farrell. Date prisa.

—Sí, Excelencia.

Haul acudió en pocos segundos con un uniforme nuevo y reluciente. Corsé se desvistió en menos tiempo y se colocó la nueva prenda.

—¡Arregla esto un poco! Dile a Clint que prepare unos cordiales.

—¿De qué clase?

—¿Y yo qué sé? Que tenga de todos. Ignoro los gustos de esa dama.

Normalmente Ian Corsé era un hombre reposado, pero, en aquel instante, desarrolló una actividad inusitada. A los pocos minutos, previa inspección, encontró a su gusto el despacho y hasta las flores artificiales, pero aromáticas, que hizo colocar en la jarra de plata que había en la mesita de Recepción.

Luego... El secretario Farrell anunció a Daila Jarre.

La joven funcionaria entró en el despacho, llevando en la mano su «caja oficial», sostenida por una correa metálica, también verde.

Ian Corsé se levantó de su mesa, hizo una reverencia y luego salió para estrechar la mano a la funcionaria y ofrecerle un asiento, cosa que ella

aceptó, con una sonrisa amistosa.

—Tenga usted la bondad de tomar asiento.

—Mi nombre es Daila Jarre, señor Corsé. Y el motivo de mi visita es efectuar una comprobación legal con uno de los detenidos.

—¡Ah, comprendo! — exclamó Corsé, con una especie de mal disimulado suspiro de alivio—. Por un momento pensé que podía tratarse de una inspección. Pero no importa. Aquí estamos por entero a su disposición, señorita.

Corsé, como todo hombre astuto, había comprobado ya que Daila no llevaba alianza matrimonial, dando a su visitante el título que le correspondía.

—Estoy encargada de la revisión jurídica del caso de Elga Dolman — siguió diciendo Daila, mintiendo con verdadero aplomo.

—Perdón. ¿Desea usted tomar un cordial refrescante?

—Gracias. Es usted muy amable... ¡De fresa, por favor!

Farrell se alejó apresuradamente, mientras Ian Corsé decía:

—Continúe, por favor.

—Posiblemente, habré de visitar a la detenida varias veces. Hoy necesito interrogarla acerca de unos puntos importantes. Como usted comprenderá, se traza de un caso excepcional y hay que tratarlo con extrema delicadeza. El secreto es esencialísimo.

—Me hago cargo. Haré que traigan a esa detenida inmediatamente a mi...

—¡No por favor! Prefiero hablar con ella en su propia celda. Tengo poderosas razones... Siempre y cuando me asegure usted que no funcionan los micrófonos ocultos.

—¡Le doy mi palabra de honor, señorita Jarre!

—En ese caso, abreviemos.

Haul llegó con los cordiales y Daila se tomó el suyo complacida. Luego, Corsé acompañó personalmente a Daila hasta la entrada de la prisión, donde cámaras ocultas captaron varias fotografías de la visitante para posterior comprobación; según era trámite.

El ascensor, después de dejar las dependencias oficiales, descendió hasta el quinto piso. Allí, varios guardianes rodearon a su director, dándole escolta hasta la celda 1.236, donde un oficial pulsó el botón que abría la puerta.

Daila entró y la puerta se cerró tras ella, herméticamente.

En un rincón, sentada en una banqueta, se hallaba Elga Dolman. Sin embargo, su semblante había cambiado casi por completo y no quedaba en ella nada de su primitiva belleza.

Al verla, Daila sintió una punzada en el corazón. ¿Qué pasaría cuando Mixi Dolman viese en lo que se había convertido su mujer?

—¿Quién es usted? —preguntó la detenida, sin moverse, con voz ronca y áspera.

En lo físico, exceptuando su extremada delgadez, Elga Dolman era la misma que en la fotografía que viese Daila. Pero sus ojos estaban hundidos, su piel marchita y arrugada, sus labios temblaban, así como sus manos. Vestía el uniforme gris de los reclusos, arrugado y viejo, y llevaba unas zapatillas de «fibrex», negras, con el escudo de la prisión.

—Soy Daila Jarre, funcionada de Comprobaciones Legales del Congreso. Deseo ayudarla.

—¿Ayudarme? ¿Por qué?

—He conocido a su marido y a su hijo.

—¿A Mixi y Sim? ¿Cómo están?

—Bien. Escuche, Elga. ¿Qué haría usted si la sacamos de aquí?

La mujer se puso en pie, mirando a Daila como aturdida. Luego, de improviso, se dejó caer sobre la litera que estaba a su derecha, prorrumpiendo en amargo llanto. Daila se inclinó sobre ella, confortándola.

—De veras, Elga. Deseo ayudarla. Sabemos que tiene usted una dolencia mental que la ha perjudicado mucho. Su marido desea operarla y curarla. Ahora existe esa posibilidad.

—¿Quieren operarme para dejarme libre?

—Sí. Escuche. Lo tenemos todo preparado. Usted saldrá de aquí, con mis ropas y una máscara de carne exactamente igual a mi cara. Ellos la esperan fuera de la zona de vigilancia. Un robot le efectuará la operación, sin dolor, y luego regresará usted aquí, para que yo pueda salir.

»Es importante que me escuche usted bien. No estoy obrando oficialmente, sino como amiga de su marido.

—¿Y cómo es que Mixi se acuerda ahora de mí? — preguntó la infeliz.

—Es muy largo de contar. Han sucedido cosas importantes y pueden suceder otras más importantes aún dentro de unos días. Por eso queremos que esté usted curada... Quizá, luego no podamos hacer nada.

—¡Pero si no estoy enferma!

—Sí, lo está. Escúcheme atentamente...

V

Elga Dolman, con las ropas de Daila Jarre y llevando en la mano derecha una especie de talismán verde, salió de la celda 1.236 cuando el oficial de vigilancia acudió a su llamada.

Dentro, tendida en el lecho, boca abajo, como si estuviese llorando, se encontraba Daila Jarre.

—¿Ya ha terminado usted, señorita? —preguntó el oficial, atentamente.

—Sí —contestó Elga, haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad. En su mente bullían todas las recomendaciones que le había hecho Daila durante quince minutos.

No hablar. Caminar con seguridad, evitar la charla del director, salir cuanto antes al exterior. Y lo que más temía Elga era el momento en que subiera al «Hon-6», cuyo manejo desconocía, por tratarse de un modelo que no existía cuando ella estaba en libertad.

Daila, empero, le había dicho todo lo que debía hacer. Si se mantenía tranquila, vería a su hijo... ¡y a Mixi!

¡Pero esto era, precisamente, lo que Elga no estaba dispuesta a realizar!

—El director la espera en su despacho —dijo el oficial, acompañándola hasta el ascensor, ante cuya puerta había un grupo de guardias, con uniformes nuevos.

—Sí, sí —asintió Elga, como distraída.

Le pareció una eternidad el tiempo que tardó el ascensor, después de haber sido pedido por contacto electrónico. Pero, al fin, la puerta se descorrió y apareció otro oficial, de mayor categoría, que se inclinó ante ella.

La caja verde que llevaba en su mano tembló cuando entró en la cabina. Los guardias se inclinaron de nuevo... ¡Y, por fin, la puerta se cerró, poniéndose en marcha el ascensor!

Elga miró entonces al oficial que la acompañaba.

—He de volver mañana —dijo—. Les ruego que nadie hable con la detenida Elga Dolman.

—Sí, muy bien. ¿Se lo dirá usted al director? La está esperando en su despacho.

—No puedo entretenerme. Ya le veré mañana. Debo salir inmediatamente para Memphis.

—Pero...

—¡Es urgente! Le ruego transmita al señor Corsé mis disculpas. Es vital que esté en Memphis antes de dos horas.

—¡Imposible!

—Tomaré una nave del estado en Clarkson. No puedo perder ni un segundo.

—Está bien.

—Me he desorientado un poco. No recuerdo dónde dejé mi automóvil.

—Yo la acompañaré. Sígame.

—Gracias.

En cuanto el ascensor se detuvo, un funcionario constató la fotografía de Elga, presionó un resorte y la barrera de salida se abrió. El oficial, algo contrariado, acompañó a Elga hasta el aparcamiento subterráneo, donde estaba el «Hon-6».

—El señor director sufrirá una decepción... —empezó a decir el oficial.

—Mañana me disculparé. Ahora, el tiempo es vital... ¡Y recuerde que nadie, bajo ningún concepto, debe hablar con la detenida! ¡Dígaselo al señor Corsé!

—Se lo diré.

Un guardián abrió a Elga la puerta del «Hon-6» y ella entró, dejando en el piso su «caja oficial». El temible momento había llegado.

«Contacto... el botón rojo... Manos al tablero... «A», arranque y «X», conexión automática», fue repitiendo Elga mentalmente las instrucciones recibidas.

Trémula, las ejecutó. Allí estaba su libertad, la vida... ¡Y tenía una caja en cuyo interior se ocultaba un arma atómica!

¡Karl Mahon moriría aquella misma noche, si tenía tiempo de llegar a Memphis!

El «Hon-6» era un vehículo de propulsión magnética, que no necesitaba repostar como los de energía atómica. Se había perfeccionado el primer modelo «Hon-4», haciéndolo adaptable a las pistas magnéticas, y en viejas autopistas, sin controles, podía consumir su propia energía acumulada, recorriendo hasta dos mil kilómetros.

Su manejo era sencillo. Un contacto, un botón de arranque y una conexión automática. Habían más botones, pero Elga no los necesitaba, de momento. Una vez fuera, en el desierto, leería las instrucciones generales.

Ahora, le convenía salir, sin perder un segundo.

Y obedeciendo a sus manos, el moderno aparato enfiló la rampa suavemente, hasta salir al exterior, al pie de la torre metálica. Un instante después, partía como una bala, alejándose de aquellas peligrosas inmediaciones.

Elga Dolman se olvidó instantáneamente de la mujer que había quedado encerrada en su celda, sustituyéndola por veinticuatro horas, para hacerle el favor de sanarla de una dolencia mental que ella no consideraba como tal.

Mientras corría por el desierto, en dirección distinta a donde había dicho Daila que la esperaban Mixi, Sim y el robot, en una ambulancia, Elga se decía:

— Esa estúpida ha pretendido engañarme, como si yo fuese igual que ella. Le he adivinado el juego... ¡Debe de ser la amante de Mixi y entre ambos han ideado el modo de librarse de mí! ¡Saben que voy a salir dentro de cinco años y no quieren complicaciones!

»Para ellos, lo mejor es que yo esté loca de verdad. De Kelmas pasaría a un manicomio para el resto de mi vida... ¡Y yo no quiero eso! Primero deseo vengarme de Karl y destruirle. Luego, me iré lejos y emprenderé una nueva vida... ¡Tengo que resarcirme de los diez años que me han quitado! ¡Malditos sean todos! ¡Malditos!

* * *

Aquella misma noche, Elga Dolman llegaba a Memphis. Había sometido al «Hon-6» a una velocidad increíble, gozando la conductora con la sensación de libertad que se había apoderado de todo su ser al encontrarse en una autopista de controles, donde no existía límite de velocidad.

Colocó el «máximo» y se reclinó en su asiento. Tuvo la sensación de estar metida en un túnel y volar por su interior. En varios pasos de vigilancia, le enviaron destellos de advertencia, advirtiéndola que en caso de accidente, toda la responsabilidad era suya.

Elga desoyó estos avisos. El magnetismo de los controles impedía al «Hon-6» salirse de la pista, sobre la que flotaba a medio metro del suelo.

Fue un viaje alucinante. De vez en cuando, Elga consultaba el orientador. Y de aquel modo, cuando se aproximaba a Memphis, a la una de la madrugada, retiró el máximo y tomó el mando.

Al entrar en la megápoli, se detuvo ante una cabina de información. Entró y solicitó una llamada con Karl Mahon. Esperó.

—Hay veintitrés individuos llamados así — le dijeron, al cabo de un instante—. ¿Puede ser más específica?

—Vengo de Europa, por favor. El señor Mahon quien me refiero vivía hace diez años en la Residencia Palmer. Era propietario de un club.

—¿No conoce usted su número de identidad?

—No, lo siento.

—Está bien. Veremos si en la Residencia Palmer le dan noticias suyas. No se retire.

Elga siguió esperando, mientras sostenía, en lugar bien visible, la «caja oficial» verde, para que no tuviere necesidad de decir quién era. Todo el mundo sabía lo que significaba aquella caja en manos de una persona:

funcionaria pública.

Daila Jarre había cometido una terrible equivocaron al prestarse a sacar a Elga de Kelmas. Al día siguiente, pagaría las consecuencias de su error. Pero había hecho más... ¡Incluso llegó a decir a Elga cómo se abría la caja!

«—Si al hablar, la descubren, tiene el recurso de emplear el paralizante. Está aquí dentro, junto con mis credenciales y mi control. Pero, por el amor de Dios, no emplee esto. Hay que ser sutil... El paralizante ha de ser el último extremo.

«—¿Cómo se abre? —había preguntado Elga.

«—Hay que dar tres golpecitos en la parte de abajo, dos en el superior y uno en cada uno de los lados restantes. Es sencillo.

Ahora tenía ocasión Elga de comprobar si la caja se abría. Estaba esperando a que le dieran la información que pedía y golpeó la caja en los lugares correspondientes.

La «caja oficial» se abrió por su parte superior, dejando al descubierto el arma de rayos paralizantes.

Era una especie de pistola moderna, con una bobina de alta frecuencia en torno al cañón, protegida por un escudo con el escudo estatal, y con el nombre de Daila Jarre.

Se sorprendió cuando el servicio de información conectó de nuevo con la cabina y le dijeron:

—El señor Karl Mahon vive en Cosmos Point, la ciudad satélite situada a ochenta kilómetros al norte. Se mudó allí hace varios años. Hemos comprobado que vivió en la Residencia Palmer y era propietario del Club Stereo.

—Sí, sí. ¿Puede darme sus señas exactas?

—Anote... Cosmos Point, Bungalow 158, Lateral Derecha. Además, durante el día, posee una oficina de contratación industrial, también en Cosmos Point, en el Edificio Central.

—Gracias. Es suficiente. ¿Qué camino lleva a Cosmos Point?

—Salida 3 Norte. Está indicado desde la Plaza Universal.

—Gracias.

Elga salió de la cabina y subió al «Hon-6». Un instante después, por una pista rápida subterránea, se dirigía al centro de la población, para desde allí partir en dirección norte, hacia la salida 3.

No podía perderse, porque, aunque existían muchas cosas nuevas, ella había vivido en la megápoli.

Al encontrar la salida número tres, la tomó. Apenas había tráfico a tales horas. La urbe dormía casi en su totalidad y las luces de cromo lo iluminaban todo como si fuese de día.

Ya en las afueras, penetró en una pista de control magnético y en poco menos de diez minutos llegó a su destino. Encontrar el Bungalow 158 no

resultó difícil. Era un edificio bajo, aislado y rodeado de árboles. La situación de Karl Mahon seguía siendo la misma que cuando ella le conoció, en el Stereo, años atrás. Era un vividor y manejaba siempre dinero.

Elga Dolman se había quitado la máscara, había abierto la «caja oficial» y empuñaba el arma paralizante cuando se acercó a la entrada de la casa y presionó el botón del timbre. Hubo de insistir. Vio encenderse una luz en la casa y luego se iluminó el recuadro acústico de la entrada, por el que surgió una voz femenina y soñolienta, preguntando:

—¿Quién llama a estas horas?

—Deseo ver al señor Mahon.

—¡Duerme! Vuelva mañana.

—Despiértele. Soy la funcionaria Daila Jarre, de la oficina de Comprobaciones legales.

—¡Oh...! ¡Aguarde un momento!... Le despertaré... Ya puede pasar.

Un circuito electrónico accionó la cerradura de la puerta y Elga penetró en el jardín, caminando aprisa hacia la casa. Apenas había llegado al porche, la puerta se abrió y el propio Karl Mahon, en batín, apareció ante ella.

—Es una hora extraña para... ¿Cómo? ¿Tú?

—Sí, Karl. Yo —dijo Elga, acercándose a la puerta y permitiendo que la luz del interior iluminase su semblante—. He venido a liquidar un asunto contigo.

—¡Elga Dolman! ¡No es posible!

El hombre había retrocedido unos pasos. Elga cruzó el umbral y vio a la mujer rubia, también con bata, que estaba al fondo, junto a una puerta.

—¿Te has casado, Karl? ¿No me quieres presentar a tu mujer?

—¿Cómo has salido de...?

—No importa cómo —dijo Elga, entornando la puerta a su espalda—. Lo importante es que he venido. Yo no maté a Claude... ¡Fuiste tú! Pero supiste hacer las cosas bien y me culparon a mí... ¿Todavía empleas aquellas drogas tan activas?

—Te equivocas, Elga — protestó el hombre, mirando en derredor, como buscando algún medio para escapar—. Aquel sujeto te amenazó a ti...

—¡Y a ti, Karl!... Venga usted también aquí, amiguita. Sitúese a su lado... Está cargada —dijo, blandiendo el arma —. Hace años que esperaba este momento. Pero no hay prisa.

—¿Paraliza o desintegra? —preguntó Karl Mahon, que era un hombre de unos cuarenta años, bien conservado, cabello entrecano y ojos grises.

—Desintegra, Karl. No te hagas ilusiones. Pero podemos llegar a un acuerdo. He valorado mis diez años de encierro en un billón de créditos. ¿Posees esa cantidad?

—¿Estás loca?

—Pues lo siento por ti. Voy a matarte y antes de huir me llevaré todo lo que tengas aquí. Joyas, dinero, ropas... Tu amiga tiene mi tipo, aproximadamente. siempre te las has buscado bonitas, Karl.

—Puedo darte algo, pero no ganarías nada matándome. Volverás a Kelmas.

—¡No, ahora no! ¿No te has enterado, cariño? Mi adorado esposo se ha hecho famoso con un robot que ha construido...

—Ya lo he oído. ¿Ha sido él quien te ha sacado de Kelmas? Se dicen cosas increíbles del poder de ese robot... Oye, Elga, podemos hacer un negocio fabuloso: Tú y yo podemos entendernos bien.

—¿Qué te propones, Karl? —preguntó la rubia.

—Cállate, monada. Elga y yo somos viejos amigos.

—Tú y yo no haremos más negocios, Karl. ¿Dónde tienes el dinero?

—En una caja secreta, del sótano. Hay cien mil créditos.

—Guíame hasta allá. Y no intentes nada o caerás muerto antes de mover un dedo.

—Escucha, Elga. Admito que maté a tu primer marido. No tenía otra solución o nos hubiera denunciado. Yo quise ayudarte, pero no me fue posible.

—No te esfuerces, Karl. Nos conocemos muy bien.

—Pero esto es diferente. ¿Dónde está Mixi Dolman? Le buscan por todas partes y nadie le encuentra... ¡Si es cierto lo que dicen de él, podemos hacernos los amos del universo, Elga! ¿No te das cuenta?

—No me doy cuenta de nada. No quiero tratos contigo... Andando o mueres aquí mismo. Vamos por el dinero.

—Te lo daré... ¡Te daré mucho más que eso! Mañana puedo darte un millón, pero necesito que me escuches. Vienes como llovida del cielo, Elga. Estoy en graves apuros... ¿Verdad que sí, Manny? ¡Díselo tú; dile lo que te estaba contando! Si no ocurre un milagro estoy en la ruina.

—No te preocupes de la ruina, Karl —dijo Elga, sonriente—. Ya no tienes que preocuparte de esas pequeñeces.

—¿Qué quieres decir?

—A los muertos nadie los molesta, Karl. Vamos, dame ese dinero.

Abrumado, el hombre se dirigió hacia el fondo de la sala y presionó un botón que accionó un resorte y descorrió la escalera del sótano.

—Baja con cuidado. Puede que, con dinero en la mano, me sienta magnánima y te perdone la vida. Eso depende de ti.

Karl descendió la escalera, seguido de su compañera. Elga cerró la marcha, a prudente distancia, siempre con el arma en la mano.

En el sótano había luz, cajas de botellas, conservas y un antiguo refugio atómico de hormigón, plomo y acero.

—Ahí dentro está mi dinero, Elga. Pero, si me escucharas, el mundo entero se pondría a nuestros pies... ¡El robot que ha fabricado Mixi Dolman es un filón de trillones de créditos!

»He escuchado por T.V. las declaraciones de un catedrático de la Universidad tecnológica. Y esa gente no miente, Elga... ¡Ese Ky, fabricado por tu marido, es un filón! ¡Ha dejado en pañales a todos los científicos más preeminentes del país!

Por vez primera, Elga empezó a dudar. Primero estaba el hecho innegable de que una funcionaria pública se hubiese prestado a permanecer encerrada en Kelmas por ella. Daila Jarre le habló del robot que debía operarle el cerebro... ¡Esto era absurdo!

Pero la expresión que veía en Karl Mahon no era fingida. Allí debía existir algo importante.

—Veamos, Karl —empezó diciendo—. Estoy dispuesta a escucharte... Pero sin testigos. Esta mujer me estorba.

La rubia palideció más de lo que estaba.

—Manny es mi mujer.

—¡Mátala ahora mismo! —ordenó Elga, implacable.

—¡No! — gritó la mujer.

—Mátala y esconde su cuerpo en el refugio. Si me engañas, podré esgrimir esa prueba contra ti. ¡Apriétale el cuello con tus propias manos, Karl!

—Pero...

La mujer de Karl retrocedió ante los desvaríos que estaba escuchando. El muro, empero, detuvo su espalda, y allí se quedó, aterrada y ojiabierta, temblando de pies a cabeza. Sabía que su marido era un canalla, capaz de cometer cualquier barbaridad... ¡Y lucho más por salvar su vida!

—No hay necesidad, Elga. Manny no nos estorba.

—¡Haz lo qué te digo o no te escucharé!

Entonces Karl Mahon se volvió hacia donde estaba la mujer, musitando:

—Lo siento, Manny. No tengo más remedio.

— ¡No, Karl; no lo hagas! ¡Por el amor de Dios! — gritó la mujer.

Karl, encañonado siempre por Elga, fue a donde estaba su mujer y extendió las manos. Un grito desesperado repercutió dentro del sótano. Luego las manos criminales de aquel hombre aferraron la garganta palpitante y las uñas se hundieron en la carne con ferocidad indescriptible.

Los gritos cesaron pronto. Luego un cuerpo cayó al suelo, desmadejado.

—Muy bien, Karl. Ya eres un asesino... Pero voy a ser magnánima contigo. ¡Aquí tienes tu recompensa!

El arma que empuñaba Elga vibró en su mano, con sordo zumbido. Y

Karl Mahon, alcanzado por la onda paralizante, se contrajo, cayendo violentamente al suelo.

—No temas. De esto no morirás, Karl —hablo entonces Elga, dejando el arma sobre una caja —. Así estarás veinticuatro horas. Así te encontrará la policía, cuando acuda, al recibir mi aviso. ¡Y serás condenado al piso veinte de Kelmas!

Inmediatamente, Elga se inclinó sobre el cuerpo insensible de Karl, registrándole. Como era habitual en él, llevaba al cuello, bajo las ropas, una llave de oro: ¡su talismán!

Se la arrebató y abrió la compuerta del refugio atómico con ella. Entró en el reducido lugar, descendiendo una escalerilla. Entre los muchos objetos que allí había no tardó en encontrar lo que buscaba: una caja de plástico, en cuyo interior vio un gran montón de dinero.

Se apoderó de él, salió y dejó algunos billetes por el suelo. La llave que había arrancado del cuello de Karl la dejó entre las manos de Manny. Luego, llegándose el arma paralizante, salió del sótano y abandonó la casa.

Regresó rápidamente al «Hon-6» y lo puso en marcha, alejándose de allí, regresando hacia Memphis, a donde llegó cuando ya empezaba a clarear el nuevo día.

Abandonó el vehículo en un aparcamiento público y entró en una cabina de comunicaciones, para avisar al departamento de policía. Sabía que Karl Mahon sería detenido y condenado.

Elga Dolman estaba satisfecha. Tenía dinero y libertad para pensar en el robot que había fabricado su marido. Las palabras de Karl Mahon no habían caído en saco roto.

VI

Las horas transcurrían y la impaciencia de Mixi Dolman iba en aumento. Estaban dentro de la ambulancia-quirófano, en el lugar donde les había indicado

Daila... ¡Pero Elga no llegaba, ni tampoco la funcionaria de Comprobaciones legales!

Ni siquiera el pequeño Sim osaba traducir a palabras sus pensamientos y permanecía sentado, junto al inmutable Ky, que estaba tendido en uno de los asientos (por imposibilidad de estar de pie).

Mixi había salido varias veces, encaramándose a las rocas que rodeaban el vehículo, para mirar hacia el desierto. Nada. Silencio y soledad. Y la hora indicada por Daila, como aproximativa de la llegada de Elga, había pasado.

—Algo ha debido de fallar —osó decir Mixi, al fin —. No lo entiendo. Daila ha tenido tiempo más que suficiente para ir a Kelmas y regresar.

—¿Sabes qué ha podido ocurrir, Ky? —preguntó Sim, ingenuamente.

—Registro numerosas hipótesis —contestó el robot, moviendo la cabeza—. Pero no puedo aventurar ninguna. Me faltan datos de análisis.

—El plan de Daila era demasiado arriesgado —dijo Mixi.

—Sin embargo, creo que todo ha salido bien por parte de Daila Jarre —continuó diciendo el robot—. Es Elga la que ha fallado.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Mixi.

—Presiento que Elga Dolman ha salido de la prisión y se ha ido... Naturalmente, no puedo demostrarlo.

—¡Sería horrible que hubiese ocurrido eso! —se desesperó Mixi —. Daila me dijo que, si Elga no estaba dispuesta, la dejaría allí.

—Hay cosas que ni siquiera un selector de psicolía, como el mío, puede saber —dijo Ky—. Me faltan elementos de juicio, datos... Como tampoco sé con exactitud el día en que será destruido el mundo.

—Y ¿por qué lo dijiste delante de los catedráticos? ¡Diste una fecha exacta, Ky! —prorrumpió Sim, atónito.

—Lo hice para impresionar a los catedráticos — replicó Ky—. Hacía falta un golpe de efecto especial, después de tantas demostraciones. Un truco simple.

—¡Pero tú no puedes mentir! —exclamó Mixi.

—Y ¿por qué no?

—Porque... ¡No, no puedes decir mentiras! No hay nada falso en tu selector de psicolía. Cuidé meticulosamente ese detalle.

—Hay muchas cosas que ignoras, Mixi —dijo el robot—. Y si dispongo de la verdad absoluta, en ella también está contenida la mentira. Es cuestión de efectos y causas. Pienso y analizo, de acuerdo con los conocimientos humanos. Cometo menos errores que vosotros, pero también caigo en el error.

»Y creo que este procedimiento para liberar a Elga Dolman de su dolencia ha sido un error.

—¿Tienes alguna solución para sacarnos del apuro?

—Puedo hacer un esfuerzo y tratar de concentrarme, a fin de leer los pensamientos de Daila Jarre, porque de Elga Dolman no tengo control —contestó el robot.

—Pues, inténtalo.

Sim y Mixi miraban al robot, que permanecía en la misma estática posición, como si fuese un objeto inanimado. De aquel modo transcurrieron unos minutos.

—Hay muchas interferencias... Muchos cerebros. Trato de localizar a Daila Jarre... ¡Y está aquí, lo capto!... Sí, está encerrada en una celda, sola... Parece estar dormida, pero piensa... ¡Piensa en que ya debemos de estar haciendo la operación!

—¡Elga ha salido de Kelmas a su debido tiempo, entonces! —exclamó Mixi, consternado.

—A Daila le preocupa que un hombre... El director, señor Corsé. Si descubre la suplantación, si habla con Elga en algún momento... Está nerviosa... temerosa... ¡Y en parte arrepentida de lo que ha hecho!... Pero se dice que lo volvería a hacer por Mixi Dolman.

—¿Qué le puede ocurrir si la descubren, papá? — preguntó Sim.

—Algo muy grave. No ha debido hacerlo... ¡Y esa ingrata nos ha burlado a todos!

Sim bajó la cabeza. Su padre le puso la mano en el hombro y musitó:

— Lo siento, Sim. Lo había hecho por ti... Espero que lo comprendas algún día.

—No lo sientas, papá. Estoy orgulloso de ti. Ahora creo que Daila Jarre vale mucho más que mamá. Y no debemos dejarla allí encerrada.

—No, desde luego. Pero ¿cómo la sacamos?

—Ky puede hacerlo — dijo el muchacho.

—¿Cómo?

—Yendo a esa prisión y sacando a Daila.

—Eso es imposible. No le dejarían entrar, y menos salir.

—¿Te olvidas del poder hipnótico de Ky?

Mixi miró fijamente a su hijo y luego al robot.

—¿Crees que puedes hacerlo, Ky?

—Sí. En esa prisión poseen armas paralizantes y desintegrantes. A las

primeras no las temo, pero las segundas... Bueno, intentaré impedir que las usen. Sin embargo, va a ocurrir algo grave. Os culparán a vosotros de mis actos. Dirán que me habéis enviado a poner en libertad a Elga.

—¡Yo no movería un dedo por Elga! —exclamó Mixi, furioso—. Es a Daila a la que deseo defender..., ¡Y tenemos que sacarla de esa prisión antes de que sea demasiado tarde!

—De acuerdo. Iré allá.

*   *   *

Ky caminaba despacio en dirección a la torre de vigilancia, desde la cual le estaban observando atónitos. Los guardianes habían avisado al director, conectando con su despacho una imagen de la cámara de T.V. que enfocaba a Ky.

—¿Qué diablos es eso? —había barbotado Ian Corsé.

—Un robot teledirigido, posiblemente —contestó el oficial de guardia de la torre.

—Y ¿qué viene a hacer aquí? ¡Que salga la patrulla de vigilancia exterior y le detengan! Puede tratarse de una trampa.

Obedeciendo a las órdenes del director, seis vehículos blindados salieron rápidamente por las rampas que había al pie de la torre, y se dirigieron hacia el insólito visitante.

El oficial de guardia en la torre vio a los coches detenerse en torno al robot... ¡Pero no salió de ellos ningún guarda!

¡Y el robot continuó su camino hacia el pie de la base!

—¡Stimb! ¿Qué ocurre? —gritó el oficial, a través del canal de radio —. ¿Por qué no informas?

No hubo respuesta. Sólo la voz del director llegó a oídos del oficial de guardia, rugiendo:

—Pero ¿qué sucede, Mark?

—No lo sé, excelencia. Stimb no informa... ¡Algo grave ha sucedido! ¡Y esa máquina se está acercando!

—¡Disparen contra ella! ¡No, denle el alto! ¡Impidan que entre en la prisión!

El oficial tomó un micrófono y habló. Fuera, en el desierto, su voz se extendió en un radio de varios kilómetros, notablemente amplificada.

—¡Alto, deténgase, quienquiera que sea! ¿No me oye? ¡Alto o dispararemos los desintegradores! ¡Al...!

Mark ya no dijo nada más. Se quedó inmóvil, con el micrófono en la mano. A su alrededor, los guardianes que le acompañaban también se quedaron estáticos.

Sólo la voz de Ian Corsé continuó oyéndose en la torre, airada y

nerviosa.

—Si no se detiene, disparen, Mark. ¿Me escucha?... ¡Mark! ¿Por qué no contesta?

La voz de Ian Corsé se perdió en el silencio, y, al pie de la torre, Ky se acercó a la rampa que penetraba en el interior de la prisión. Algunos guardianes corrieron hacia él, pero se inmovilizaron de pronto, al quedar paralizados por el poder insensibilizador que brotaba de los objetivos oculares del robot. Rayos invisibles, de alto poder hipnótico, paralizaban a todos los hombres.

Ky descendió hasta el primer piso y se dirigió, pisando recio sobre el piso metálico y forrado de material plástico, hacia donde estaban los ascensores. Una puerta se descorrió a su derecha, saliendo cuatro hombres armados con fusiles desintegrantes. Ninguno llegó a disparar.

Ky volvió la cabeza hacia ellos y los inmovilizó con una «mirada».

Luego el robot prosiguió su camino. Había «leído» la mente de uno de aquellos hombres y sabía dónde dirigirse, pero una barrera le interceptaba el paso, alargó sus manos e introdujo sus dedos metálicos entre las rejas. Tiró con fuerza... ¡Y arrancó la barrera de cuajo, para arrojarla al suelo con estrépito!

Se paró ante la entrada de uno de los ascensores pulsó el conmutador de llamada. El aparato se puso en marcha, pero se detuvo casi inmediatamente, al apagarse la luz en todos los pasillos y quedar sólo unas lámparas aisladas de la conexión de emergencia.

En su despacho, Ian Corsé había ordenado el corte general de corriente, para impedir que funcionasen los ascensores y evitar la fuga de los presos.

Ky también lo comprendió así. Por esto retrocedió y se dirigió hacia la puerta por la que habían salido los cuatro guardianes armados. Penetró en unas amplias oficinas. Una puerta se cerró violentamente al fondo y Ky fue hacia ella, embistiéndola y derribándola, pese a ser de acero.

Pero su empuje fue impresionante, doblándose el acero como si fuese papel. Había otro amplio despacho y algunas personas, que gritaron. Un hombre disparó un proyector desintegrante y Ky percibió el impacto en su coraza, mas no se detuvo. El hombre no volvió a disparar. De haber continuado haciéndolo, posiblemente habría atravesado el peto de Ky, lesionándole en algún centro vital.

El hombre quedó paralizado antes de poder disparar de nuevo. Y aquel individuo era, precisamente, el que Ky andaba buscando. «Leyó» su pensamiento y se acercó a él.

—Usted es el director de Kelmas, ¿verdad?

—Sí —musitó Ian Corsé, sin poder moverse ni comprender lo que le ocurría.

—Vengo a llevarme a una mujer y nadie podrá impedírmelo. Ahora le

devolveré el movimiento y soltará usted esa arma. Después me conducirá hasta la celda de Elga Dolman.

—Sí.

—Muévase, pues —ordenó Ky.

Dominada su voluntad por las invisibles ondas que emanaban del extraño mecanismo, Ian Corsé no tuvo más remedio que obedecer, avanzando hacia la salida, por entre sus estáticos subordinados, seguida de la impresionante presencia del robot.

De aquel modo, llegaron a donde estaban los ascensores. Corsé se acercó a una placa de comunicaciones y dio una orden, por la cual se puso en movimiento un montacargas auxiliar, destinado a casos de emergencia.

A su lado, Ky esperó, atentos sus reflejos modulares a cualquier agresión por parte de los guardianes ocultos. No ocurrió nada, empero, y cuando se abrió la puerta del montacargas, el hombre y la máquina pudieron entrar.

Fue Corsé quien pulsó el botón del piso quinto.

Sin hablar, descendieron hasta su destino. Al abrir la puerta, varios guardianes quisieron disparar sus armas, más la presencia del director les contuvo. Ky, por su parte, captando mensajes mentales, inmovilizó todos, excepto a uno, al cual sometió a su mandato, obligándole a caminar delante de ellos hasta la celda ocupada por Daila Jarre.

Una vez allí, el oficial abrió la puerta, quedándose a un lado.

Sorprendida, Daila se había levantado, volviéndose.

Su sorpresa fue enorme al ver aparecer a Ky.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—Elga Dolman no acudió a su cita. Tememos que haya huido. Mixi Dolman está preocupado por usted. Me ha enviado a rescatarla.

Daila sintió un vahído, como si fuese a desmayarse.

—No... ¡No puede ser! —Se acercó a Ky y fuera, en el pasillo, vio a Ian Corsé, impasible como una estatua—. ¿Qué les ocurre?

—Están hipnotizados. No debemos entretenernos. Mixi y Sim nos esperan.

—¿Y quieren que me vaya sin haber vuelto Elga?

—Elga no vendrá. Se ha burlado de nosotros. Tiene usted que salir de aquí y solucionar el problema en que está metida.

—¡Se llevó mi «caja oficial»!

—Sí. He comprendido que esa mujer es mala y peligrosa. Hemos intentado ayudarla y nos ha engañado. Habremos de cambiar de planes. Pero venga conmigo. Yo la sacaré de aquí sin peligro.

Indecisa, Daila se estrujó las manos.

—¡Esto será mi ruina! ¡No debí confiar en ella! Me prometió que acudiría, que estaba arrepentida... Parecía...

—La falsedad anida en los corazones de las gentes. Hay que comprender eso. Vamos, no se entretenga más.

Daila salió en pos de Ky, quien se alejó por el pasillo, hacia el montacargas que esperaba. Se oían fuertes golpes en las puertas metálicas, como si los prisioneros supieran o presintieran que estaba ocurriendo algo.

El robot y la mujer llegaron hasta el montacargas. Al entrar en la cabina, ella dijo:

—¿Voy a irme con estas ropas? ¡Me detendrán!

—No se preocupe. Mixi solucionará ese problema. Ahora conviene escapar cuanto antes.

Al ver descender a Daila del coche blindado utilizado por ella y Ky para ir a donde les esperaban, Mixi Dolman no pudo contener el impulso de abrazar a la joven.

Ella también abrazó a Mixi, prorrumpiendo en llanto.

—¡He destruido mi carrera, Mixi! ¡Seré destituida y procesada por lo que he hecho!

—No — habló Ky, acercándose —. En Kelmas nadie sabe nada de usted. Han olvidado su visita, su nombre y cuanto ha hecho. Sólo saben que Elga Dolman ha escapado, con la ayuda de un robot. ¡Ésa es la versión que darán a la Inspección de Justicia!

—Sí, pero ¿qué hacemos ahora? Todo el mundo sabe que Mixi ha construido el robot. Deducirán que él te ha enviado a salvar a su mujer. Será cómplice de un delito de evasión.

—Perfectamente — replicó Ky —. ¡Ésa es una prueba más para el mundo de lo que soy capaz de hacer, por si los catedráticos no tuvieron bastante! Pero yo les convenceré ante el Congreso que Mixi no ha tenido participación alguna en la fuga.

—¿Les harás creer que has actuado por cuenta propia? Eso significa tu condena, Ky. ¡Te destruirán!

—No hay fuerza humana capaz de destruirme, Mixi. Sólo puedo destruirme yo mismo, en caso de haber cometido un mal irreparable. Mi sentido de la justicia me obligaría a ello. Pero estamos especulando con cuestiones prematuras.

»El Congreso no ha decidido acerca de mí. Hay cuestiones más importantes que una evasión. Se trata de localizar a Elga y arrebatarle la «caja oficial». No podemos permitir que Daila se perjudique tanto por haber querido ayudarnos.

—¡Naturalmente! —intervino el pequeño Sim.

Así, convinieron regresar a Memphis y buscar a Elga. Durante el trayecto, trazarían los planes a seguir.

Subieron, pues, a la ambulancia-quirófano, dejando abandonado el vehículo blindado de la prisión, tomaron la ruta más directa hacia la

autopista de control.

Mixi iba conduciendo. Él fue quien dijo a Daila:

—Será mejor que te pongas ese uniforme de enfermera, Daila. Si nos detienen por el camino y te ven con esas ropas...

—Sí.

Daila se puso detrás de una cortina, donde estaba el corazón artificial, y se cambió de ropa. Mientras lo hacía, Sim dijo a su padre:

—No recuerdo a mamá, papá. Pero, después de lo que nos ha hecho, no quiero ni pensar en ella.

Mixi no replicó. Fue Ky quien habló, diciendo:

—Tu madre está enferma, Sim. Se trata de una dolencia que los hombres no saben curar. Yo puedo hacerlo y también puedo curar otras enfermedades pero estoy seguro de que no me lo permitirían, por carecer de un permiso oficial.

»Es paradójico y cruel, pero es así. Cuanto más reflexiono, más me doy cuenta de que al hombre sólo puede salvarle el hombre mismo. Se necesita comprender, aceptar, renunciar, y en el hombre hay un arraigado principio de egoísmo que es lo que traza su propio destino.

—No te entiendo, Ky —musitó el muchacho.

—Eso no lo entiende nadie, pero todo el mundo lo sabe — dijo Mixi, volviendo la cabeza —. Es bueno quien quiere serlo; quien quiere ser malo, lo es.

—¿Y mamá quiere ser mala?

—Sí — dijo el robot —. Ella quiere ser mala. Lo que yo haría, además de hurgar con la sonda en su mente, sería torcer su voluntad. Pero si la raíz es muy profunda, la cura sería sólo temporal.

—Y eso ¿por qué? —quiso saber el muchacho,

—Porque la bondad y la maldad nata no están en las raíces neurálgicas del cerebro, sino en el corazón,

Daila, ya cambiada de ropa, y descalza, salió y colocó su mano sobre la armadura de Ky, musitando;

—¡Cuánta verdad hay en tu interior, Ky!

—Ky, ¿dónde supones que haya podido ir Elga? — preguntó Mixi.

—A varios lugares. A tu casa de Ridge Creek, desde luego, no — repuso el robot—. Para verte, con haber ido a donde estábamos esperándola, tenía suficiente. Ella ha debido ir en busca de sus antiguos amigos.

—¡A ver al dueño del Club Stereo! —exclama Mixi.

—Posiblemente. Aunque también ha podido ir a casa de alguna amiga de antaño, en busca de refugio y consejo.

—Elga no necesita consejo de nadie. La conozco bien — agregó Mixi —. Yo más bien creo que habrá ido a buscar a su antiguo cómplice.

Siempre he pensado que tendría algo contra él. La acusación hecha en el proceso presentaba muchas lagunas.

—Ya te dije que Elga mató a su primer marido por instigación de Karl Mahon — dijo el robot —. Fue dominada, drogada, y actuó bajo el dominio de Mahon, aunque esto no pudo ser demostrado.

—Pues iremos a ver a Mahon. Puede que sepa dónde está Elga.

Viajaron durante toda la noche y llegaron a Memphis alrededor del medio día siguiente. Sim había dormido y Mixi fue relevado a ratos ante los mandos del vehículo. Ky permanecía tendido en la camilla «reflexionando».

Sólo se detuvieron en una pequeña localidad, próxima a Memphis, para comprar unas zapatillas de «fibrex», que se puso Daila en los pies. Y una vez llegados a la gigantesca metrópoli, se dirigieron al lugar donde estaba el Club Stereo.

Fue Mixi quien entró y habló con un encargado de la barra.

—No, Karl Mahon ya no es el dueño de esto... ¡No es dueño de nada! ¡Le han detenido esta misma mañana, en Cosmos Point, donde vive ahora, acusado de haber asesinado a su mujer!

—¡No me diga! —se sorprendió Mixi, aturdido.

—¿No escucha usted las noticias? Parece ser que la mujer de Mahon intentó apoderarse de cierta suma de dinero. ¡Él la sorprendió y la mató! Hubo lucha; él cayó, quedando sin sentido. Alguien, que oyó los gritos, avisó a la policía.

»Se ha informado que Karl Mahon está detenido en Cosmos Point y que será procesado en breve... ¡Y no ha vuelto por aquí desde hace años! Ahora se dedicaba a otras actividades.

— Gracias... No lo sabía —dijo Mixi, saliendo.

Y, sin saber por qué causa, intuyó que Elga podía estar mezclada en aquel siniestro asunto.

VII

—¡Te están buscando por todo el país, Mixi! — gritó Thomas Davi, a través del visófono público, en donde se encontraba el ingeniero de la Asociación Farmer—. ¡Eres la sensación del siglo! ¿No te has enterado?

—Pero ¿qué ocurre?

—El Congreso se ha reunido en Kapital, con carácter de urgencia, Creo que están pidiendo tu cuello. Si no apareces inmediatamente, darán orden de disparar al verte.

—Estoy en un apuro, Thomas —dijo Mixi—. En un grave apuro.

—¿Más de lo que te digo?

—Más aún, sí. Hemos estado en Kelmas. El robot ha penetrado allí y ha ayudado a Elga a fugarse. Queríamos practicarle una operación cerebral, pero se nos ha escapado... ¡Y necesito encontrarla cuanto antes!

—Deja ahora a Elga. No pienses más en ella... ¡Es tu vida la que peligra! ¡Aunque hayas destruido Europa con un invento multimegatónico, lo primero y más inmediato que debes hacer es salir de estampida para Kapital y presentarte en el Congreso! ¡Aquello es un hervidero de protestas en donde se pide tu cabeza, sin remisión!

—Si voy, me la cortarán.

—No sin antes dejarte hablar. El presidente Keft quiere ver, por sí mismo, a esa máquina que has construido... ¡Qué necio fui al darte esas vacaciones! ¿Dónde estás ahora?

—En la esquina de la calle noventa.

—Espérame. Voy para ahí con mi «Hon-6». Te llevaré a Kapital yo mismo.

—Es que... Deseo que busques a Elga, Thomas.

—Llamaremos a una agencia de investigaciones...

¿Qué te parece la «Memphis Group»? Se lo diré a Charlie. No te muevas de ahí.

—De acuerdo.

Mixi regresó a la ambulancia. Era mediodía y las calles parecían desiertas bajo el sol.

—En menudo lío estamos metidos — dijo, al entrar, mirando a Daila—. El Congreso se ha reunido con carácter de urgencia y están discutiendo mi caso.

—Entonces no tienes más remedio que ir allá sin pérdida de tiempo — dijo Daila—. Te acompañaremos.

—No. Iré con Thomas Davi. Vendrá a buscarme en un «Hon-6».

Llevaré a Ky únicamente. No quiero que os mezcléis en esto. Cuida de Sim, Daila. Es lo único que tengo.

—Nosotros podemos buscar a Elga —añadió Daila—. Sí, iré a mi oficina.

—Thomas llamará a una agencia de investigadores y encontrarán a Elga, Es mejor que os vayáis antes de que venga Thomas. No es conveniente relacionarte con nosotros, Daila. Tomad un vehículo de alquiler.

—De acuerdo. ¿Vamos, Sim?

El pequeño Sim abrazó a su padre. Daila miró entonces a Mixi, tendiéndole la mano.

—Suerte, Mixi... ¡Y no te arredres en el Congreso, confía en Ky!

—Gracias, Daila. Quiero decirte que, pase lo que pase, Elga ya no significa nada para mí... ¡sólo me preocupas tú y Sim!

Mixi besó a Daila en la mejilla y ella se fue con el pequeño antes de que llegase Thomas Davi, el director de la Asociación Farmer, quien apareció, diez minutos después, tras una precipitada marcha por la ciudad, en la que violó todas las reglas del tráfico.

Mixi salió dé la ambulancia para acercarse al vehículo del otro.

—¿Y el robot? —preguntó Thomas Davi,

Está en esa ambulancia.

—Dile que venga aquí, ¡pronto! Irá en el compartimiento trasero.

—Es un poco estrecho. Pero no importa. Ky no sufre incomodidades.

Mientras Thomas Davi abría la puerta posterior de su vehículo, Mixi fue a la ambulancia e hizo salir a Ky, diciéndole:

—¡Aprisa, Ky! ¡Entra en ese coche! El señor Davi es amigo mío.

El robot, flexionando sus miembros metálicos, salió de la ambulancia y penetró en el otro coche. Alguien, en una casa inmediata, le vio y lanzó un grito.

Thomas Davi, por su parte, subiendo rápidamente al «Hon-6», puso el motor en marcha y apremió a Mixi:

—¡Aprisa, no hay tiempo que perder! Antes de tres minutos tendremos a toda la policía de Memphis siguiéndonos los pasos. Pero no hay más remedio. Si nos detienen, diremos que nos están esperando en Kapital, lo cual es cierto.

En cuanto Ky estuvo instalado, Mixi subió al coche y partieron como una saeta, hasta alcanzar, en pocos momentos, la pista general de control doble que unía Memphis con Kapital, la sede del Congreso continental.

Nada más ponerse en ruta, Mixi y Thomas Davi observaron a cuatro bólidos de la policía situarse detrás de ellos y hacerles señas para que se detuvieran. Pertenecían a una patrulla de control de carretera y, posiblemente, habían sido avisados.

—Nos van a entretener —dijo Thomas Davi—. Y no puedo quitármelos de detrás.

—Ky lo hará — dijo Mixi, volviéndose al robot—. Líbrate de ellos sin causarles daño, Ky.

—Los pondré simplemente fuera de control, ¡Ya está!. ¡Uno, dos, tres y cuatro!

A través de la pantalla retrovisora, Mixi y Thomas pudieron ver cómo los vehículos de la policía se rezagaban, hasta desaparecer a lo lejos.

—¿Qué has hecho, Ky?

—Los he disuadido, simplemente, de seguimos. Creen que no somos nosotros los que buscan.

—¡Estupendo! —exclamó Thomas, conectando el «máximo» automático y volviéndose a Mixi—. Bueno, ahora cuéntamelo todo con calma. Tenemos dos horas antes de llegar a Kapital.

—La cosa empezó hace años, porque Sim quería un robot para hacerle compañía, mientras yo estaba en la oficina. Simple. Mi trabajo es hacer robots para ti. Y quise hacer algo excepcional. Mi hijo se merecía una excepción.

«Hablamos, proyectamos, pensamos y... Bueno, Ky fue tomando forma en nuestras mentes. Dejé a Sim que hiciera algunas cosas y utilicé un selector de psicolía que encargué a París, por mediación de Pierrot L'Enfant. ¿Le recuerdas?

—¿Y te lo enviaron?

—Sí. Hicimos un intercambio profesional. Les facilité algunos datos, acerca de circuitos modulares, y ellos me dieron el selector, con un canal grabado por doce científicos europeos. Una maravilla, Thomas. Quería darte una sorpresa.

—¡Y me la has dado! ¡Ah, si llego a sospechar que estabas metido en esto! No te habría dejado cometer tantas locuras... Y ¿por qué tenías que ir a buscar a Elga? ¿No la has olvidado todavía?

—Fue por Sim... Es su madre. Y Ky afirma que se le puede sanar.

—¡Claro que sí! Se le corta la cabeza, se le pone otra sobre los hombros y, si vive, será distinta. Vamos, Mixi; eso es ingenuidad.

—Todos los hombres sois ingenuos —habló Ky, en el compartimiento posterior —. La idea es factible. Pero mi error consistió en no confiar en los pocos datos que tenía. Daila Jarre me convenció.

—¿Está metida en esto Daila Jarre? —se sorprendió Thomas Davi, mirando fijamente a Mixi.

—Pues... Sí. Pero no digas nada. Quiero mantenerla a un lado.

—Hablé con esa mujer. Muy inteligente. Se interesó por ti.

—Es muy...

—Bonita — dijo Ky.

—¡Vaya, te has enamorado de ella y has armado el lío! Pero eso es lo que menos importa ahora. Mi miedo está en Kapital. ¿Quieres oír algunas noticias?

—Sí, por favor, conecta con información.

Thomas Davi pulsó un botón del tablero y se descorrió un recuadro, en donde apareció la imagen de un informador oficial de noticias continentales, quien estaba diciendo:

»...Nos interesa averiguar la verdad. ¿Qué es ese robot? ¿De dónde ha venido? De su origen extraterrestre no tenemos la menor duda. Y el ingeniero Dolman ha caído en la trampa, tendida por mentalidades superiores. Es indiscutible que, si responde a las preguntas de los catedráticos de Memphis, es que posee un dominio excepcional de las ciencias.

»¿Es eso un peligro?, nos preguntamos. Lo es. Y se deduce que representa una amenaza latente sobre toda la humanidad. Lee el pensamiento, hipnotiza, predice catástrofes... ¡Y ayuda a evadirse de Kelmas a la repudiable mujer de su aparente constructor!

»Esto es un hecho cierto. Las noticias que nos llegan de Kelmas son impresionantes. Cien guardianes no pudieron detener al robot monstruo. Se le disparó con desintegradores y, no hicieron mella en ello, sea lo que fuere. Paralizó a todos los guardianes durante doce horas, y se llevó a Elga Dolman.

»El resumen es convincente. Mixi Dolman se siente poderoso. Ha desafiado nuestras leyes, buscando en primer lugar causar la histeria cerval entre nosotros, con el respaldo oficial de los catedráticos de la Universidad tecnológica de Memphis, y luego rescatando de Kelmas a su repudiable mujer.

»Confiemos, queridos oyentes, a que el Congreso apruebe el decreto de aniquilamiento. Y que nadie tiemble, porque poseemos medios más que suficientes para destruir ese robot que sólo puede ser obra del diablo. Ha escrito para ustedes Henry Hool, director general de Justicia.

—¡Diablo! — exclamó Thomas Davi, atónito —. Si eso opina Hool, no creo conveniente seguir.

—Iremos hasta el fin, Thomas —dijo Mixi.

—Empiezo a temer que ya sea demasiado tarde... ¡Y la evasión de Elga no te favorecerá en nada!

—Espero hacerme oír en el Congreso. Hasta ahora sólo han hablado los demás. Confieso que he cometido algunos errores graves. Pero pensé que luego podría ser tarde. Si operábamos a Elga, cuando saliera, dentro de cinco años, Sim podría tener una madre auténtica. Ahora ni siquiera Sim confía en eso.

El altavoz del televisor continuaba dando noticias acerca del mismo

importante suceso. Ahora un locutor oculto hablaba desde el Congreso, en donde las cámaras recogían una panorámica de la turbulenta sesión.

—...habla el senador Brine, de California. Su discurso es incendiario, amigos oyentes. Está de acuerdo con la mayoría en decretar el exterminio de ese engendro robótico que predice el fin de la humanidad para dentro de quince años. Escuchen sus palabras... Habla el senador Brine, de California.

»—...destrucción total, ejecución de su creador y cremación de todos los planos y proyectos que puedan existir. No es sólo la amenaza que pesa sobre todos nosotros, sino también sobre nuestros descendientes. ¿Qué podemos esperar de un monstruo así? ¡La esclavitud!

Un estruendoso coro de voces apagó el discurso del senador. Mixi, oyéndolo, estaba pálido.

—¡Miles de personas rodean el edificio del Congreso continental, reunido en pleno, bajo la presidencia del primer magistrado, en quien deben existir pocas dudas sobre el camino a seguir...! ¡Y continuamente afluyen más gentes que quieren presenciar de cerca este famoso debate!

»—...hombre está por encima de las máquinas, porque es su creador, como Dios nos creó a nosotros. Y no podemos rebelarnos contra Él, porque sería un sacrilegio. Pero ese abominable engendro mecánico ya se ha sublevado contra nuestras leyes e instituciones, poniendo en libertad a peligrosos asesinos. ¿Qué podemos esperar?

—Esto es demagogia insensata —musitó Mixi—. Esa gente está siendo envenenada. Confío en que Ky los haga callar a todos dentro de poco.

—Si es que le dejan hablar. Parece ser que todos los accesos a Kapital están bloqueados por ingentes mareas de vehículos.

—Nos podemos detener en Brisbane y tomar un helicoplano —propuso Mixi—. Tengo que llegar al Congreso antes de que sea tarde.

—¿Y dónde aterrizaremos?

—Podemos tomar un helicoplano oficial. La policía nos llevará con mucho gusto —dijo Mixi.

—No está mal pensado.

* * *

Brisbane era una localidad de seis millones de habitantes, próxima a Kapital. Thomas Davi tomó la bifurcación y en pocos minutos llegaba al centro de la población, deteniéndose en el aparcamiento de la Oficina Central de Policía.

Y sucedió que, nada más descender del «Hon-6», en compañía de Ky, más de un centenar de agentes de uniformes les rodearon, empuñando todos sus armas desintegrantes.

—¡No se muevan o disparamos! —gritó un oficial, visiblemente nervioso.

—Calma, calma — exigió Mixi —. Venimos en busca de ayuda para poder llegar a Kapital. Sabemos que gran número de vehículos confluyen hacia allí y queremos llegar al Congreso.

—¿Es usted el ingeniero Dolman? —pregunté el oficial.

—Lo soy.

—Está detenido.

—No diga sandeces, oficial. Queremos ir al Congreso y tiene que ayudarnos. No debe entorpecer la labor gubernamental o le pesará toda la vida. Se nos reclama en Kapital y hacía allá vamos.

—¡Nada de eso! ¡Serán encerrados aquí y avisaremos al Congreso!

—No estoy dispuesto a permitirlo. Ky, disuade a estos hombres.

Ky miró al oficial de policía. Luego giró lentamente en derredor y paralizó a todos los agentes.

Mixi se acercó entonces al oficial y le dijo:

—Hágame caso. Proporciónenos un helicoplano oficial. De este modo podremos llegar al Congreso. Se reclama allí nuestra presencia. Hasta ahora sólo han hecho que hablar en contra nuestra, sin esperar a que lleguemos.

»Pero el presidente ha ordenado que nos presentemos allí urgentemente. Si perdemos la cabeza, puede ocurrir un desastre. ¿Me entiende usted?

—Sí — asintió el oficial, habiendo cambiado de parecer—. Les llevaremos a Kapital.

—De acuerdo.

La «persuasión» de Ky había sido perfecta. El oficial de policía recuperó su dominio y ordenó que acudiera inmediatamente un helicoplano de veinte plazas.

Se cumplieron las órdenes y, al poco, el aparato pedido llegó silenciosamente, descendiendo ante el edificio policial. Mixi, Thomas y Ky fueron invitados a subir al aparato y lo hicieron, seguido de un piquete de policías, que se situaron aparte, siempre con las armas en las manos.

—Diga a sus hombres que guarden sus armas — dijo Mixi—. No pensamos escapar.

—Sí, sí... Guardad las armas, muchachos... ¡Y que se dé prisa el piloto! ¡Hay que llegar al Congreso cuanto antes!

Los agentes de policía miraban a Ky con intranquilidad. Todos ellos estaban influenciados por las noticias y creían ver en el robot a un representante de una civilización avanzada extra galáctica, llegado al planeta para destruirlo.

Pero Ky había condicionado sus mentes a la pasividad y ninguno osó

mostrarse violento ni agresivo. Simplemente, le miraban con temor.

Mientras el oficial hablaba con Thomas:

—Y ¿quién es usted?

—Soy el director ejecutivo de la Asociación Farmer, de ingenios cibernéticos. El ingeniero Dolman es amigo y subordinado mío.

—¿No procede esto del Cosmos?

—No, oficial —respondió Mixi—. Ha sido construido enteramente en Ridge Creek, con materiales terrestres. Sin embargo, ocurre que se están desorbitando las cosas por la incomprensión de las gentes. Los senadores hablan y hablan sin haber visto a Ky. Es un caso de histeria colectiva, a raíz de la versión dada por los catedráticos de la Universidad, a los que reuní para dar cuenta de mi trabajo.

»Ky no es más que el prototipo de un robot súper-desarrollado intelectualmente, pero todo su organismo «monstruoso», como dicen, no es más que un selector de ciencias aplicadas... Un cerebro electrónico reducido.

—No entiendo. Lo siento —confesó el oficial de policía, cuyo nombre, según dijo, era Klain.

—Es lógico. Pero yo le aseguro que Ky es enteramente inofensivo.

—¡Se dice que en Memphis la gente está aterrada y no sale a las calles, ni acude al trabajo, por temor a encontrarse con este robot!

—Exageraciones de la histeria colectiva.

—Y hemos oído noticias de gentes que se suicidan, aterradas.

—Eso no es culpa nuestra, sino de los servicios de información —contestó Mixi, contrariado—. Yo no quería dar publicidad a todo esto, hasta que el Congreso hubiese decidido. Pero los acontecimientos me han desbordado.

—Y también han informado que ayer asaltó la prisión de Kelmas.

—Eso es cierto — admitió Mixi, apenado —. Y me hago enteramente responsable de ese hecho. No quiero justificarme, ni mucho menos. Soy culpable del delito de intrusión en una prisión estatal y de ayuda de evasión. Responderé de mis actos ante un tribunal.

—Por eso le condenarán a veinte años de encierro — dijo el oficial Klain.

—No puedo decir nada más. Sin embargo, lo que me preocupa ahora es presentarme delante del Congreso y dar las explicaciones que se consideren convenientes.

—Sí, sí. Hay que frenar esta ola de terror que se está extendiendo por todo el continente... Pero ya estamos llegando.

Efectivamente, a lo lejos se divisaba la ingente mole de la ciudad más grande de América, con ciento veinte millones de habitantes, y edificios metálicos de doscientos pisos de altura.

Acercarse por aire a Kapital era algo impresionante. Desde la altura podía admirarse el esfuerzo de la moderna arquitectura, desafiando leyes mecánicas y geométricas, en un alarde maravilloso de técnica.

La extensión de Kapital era seis millones de kilómetros cuadrados, con amplias avenidas rodantes y pistas elevadas y subterráneas para vehículos de todos tipos. El aire estaba poblado de toda clase de aparatos voladores y parecía que se estaban infringiendo muchas leyes de tráfico aéreo, debido al nerviosismo de las gentes.

Sin embargo, en torno y encima del imponente edificio del Congreso, una red invisible e insalvable de rayos obstructivos cerraba el paso a los aparatos voladores.

En cambio, las carreteras de acceso estaban completamente embotelladas y nadie era capaz de dar un paso entre la inmensa oleada de vehículos que ya habían dejado de pugnar por acercarse al Congreso.

Ríos de gentes, empero, habiendo abandonado sus vehículos, avanzaban a pie, pretendiendo alcanzar las inmediaciones del centro geométrico de la inmensa babel americana.

—Es espantoso — exclamó el oficial Klain, mirando por una de las ventanillas inclinadas del helicoplano—. Saisk, avisa a la Central que nos den paso. Queremos posarnos sobre las terrazas posteriores del Congreso.

—Si quieren librarse de esta plaga — comentó Thomas Davi, hablando por vez primera—, que informen de una probable explosión nuclear.

—¡Sería una debacle alucinante! —exclamó Klain.

—Peor será que siga llegando gente... Corten las carreteras... Prohíban el paso... Hagan algo o morirán millones de personas.

El oficial Klain no era nadie para dar órdenes. Se limitó a informar por radio que llegaba con Mixi Dolman y el robot Ky. Del resto se encargó la policía estatal y los servicios de seguridad.

Nada más posarse el helicoplano, tropas del ejército con proyectores desintegrantes de alta radiación les rodearon. E incluso las tropas parecían nerviosas.

El clamor de las gentes era inmenso. Parecía un aullido infrahumano, aniquilador y brutal.

Y, por vez primera, Mixi sintió miedo. Aquello era consecuencia de su obra. De no haber sido por él, aquella muchedumbre no se habría reunido allí... ¡Y el miedo se convirtió en pánico!

VIII

Una impresionante escolta acompañó a Mixi, Thomas y Ky hasta una antesala rodeada por completo de policías y tropas, donde les hicieron sentarse en amplios sillones.

Luego empezaron a llegar ministros, directores y generales, que rodearon a los recién llegados, acribillándoles a preguntas. Casi todos se dirigían al robot, pero Mixi había dicho:

— No contestes a nadie, Ky. No hables hasta que yo te diga.

Thomas Davi también opinaba de este modo. No estaban acobardados ante tantos rutilantes uniformes, ni los portes distinguidos de aquellos hombres les impresionaba lo más mínimo.

—¿Es terrestre o extragaláctico? —preguntó un alto canciller.

—¿Es cierto que su poder hipnótico puede dominarnos a todos?

—¿Entiende de política o de estrategia militar?

—¡Que nos haga una demostración de su poder! — exigió otro.

—¡Ya basta, caballeros! — exclamó Mixi, poniéndose en pie—. No hemos venido aquí para servir de entretenimiento a ustedes.

—Le aconsejo que no nos hable en ese tono, ingeniero — habló un altivo personaje—. No le beneficia en nada.

—No quiero beneficios de nadie. Jamás lo he necesitado. Deseo hablar ante el presidente Keft y ante el Congreso.

—Antes debe usted someterse a la inspección previa de una comisión especial —habló un general del ejército.

—¡Y mientras que ustedes hablan y hablan, sin saber lo que dicen, el pueblo se está matando en las calles, en medio del pánico, porque ustedes no saben gobernar! —gritó Mixi, fuera de sí.

Thomas Davi, más diplomático, tomó a Mixi del brazo y dijo:

—Serenidad, Mixi. Si has de decir tonterías es mejor que te calles. Yo hablaré por ti. —Luego, volviéndose a los hombres que les rodeaban, añadió, con énfasis —: Caballeros, ruego a todos ustedes anuncie al Congreso la presencia aquí de Mixi Dolman y el robot Ky.

—¿Quién es usted?

—El abogado defensor del ingeniero Dolman —contestó Davi, sonriente.

Llegaron más dignatarios y algunos senadores. Hubo un breve conciliábulo entre ellos y un sujeto alto, de cabello blanco y ataviado con un rutilante uniforme de gala, se acercó a Mixi, mirando de reojo al robot.

—Soy el mariscal Keft, hermano del presidente. ¿Es usted el ingeniero

Mixi?

—Sí — contestó el aludido.

—Tenga la bondad de venir conmigo. El presidente quiere hablar con usted a solas.

—¡Yo tengo que acompañarle! —exclamó Thomas Davi.

—No. Sólo el ingeniero Dolman... ¡Ni siquiera el robot! Usted se quedará aquí.

—Si Thomas Davi no viene conmigo, tampoco voy yo —dijo Mixi.

—La entrevista ha de ser privada, entre usted y el presidente — insistió el mariscal.

—Es mejor que vayas, Mixi — dijo Thomas Davi—. Pero niégate a decir nada si hay otras personas.

—De acuerdo — accedió Mixi.

—Sígame.

Los dignatarios abrieron el círculo y Mixi pasó entre ellos, en pos del mariscal Keft, quien le condujo hacia el extremo de la sala. Cruzaron una puerta, salieron a un amplio y lujoso pasillo y luego subieron una alfombrada escalera, hasta un piso superior, donde había diez hombres de la guardia especial del presidente, custodiando una suntuosa puerta de oro y piedras preciosas.

—Aguarde aquí un instante, ingeniero Dolman — dijo el mariscal.

La puerta se abrió unos centímetros y el hermano del presidente desapareció tras ella. Pero volvió a salir a los pocos minutos, diciendo:

—Dejen pasar al ingeniero Mixi Dolman. El presidente le aguarda.

La puerta se abrió de nuevo y Mixi penetró en un amplísimo despacho, en cuyo fondo había una regia mesa, ante una enorme ventana de cristales irrompibles. Detrás de la mesa, en una especie de sitial, se sentaba el presidente Keft.

Mixi entró solo. La puerta se cerró a su espalda y hasta el mariscal quedó afuera.

—Acérquese, señor Dolman — habló el alto magistrado continental.

Mixi se acercó lentamente a la regia mesa. No había ningún otro mueble, ni asiento donde sentarse. El presidente tenía expresión preocupada, pero era el mismo que Mixi había visto numerosas veces en las pantallas de televisión.

Cuando estuvo ante la mesa, Mixi se detuvo.

—Dios le guarde, excelencia.

El presidente se levantó entonces, rodeó su mesa y se acercó a Mixi, tendiéndole la mano.

—Mucho gusto en conocerle, Mixi Dolman —dijo, forzando una sonrisa—. No cabe duda que es usted un hombre de talento. Me precio de conocer a los hombres. Por favor, venga y siéntese.

Al decir esto, el presidente pulsó un botón del pequeño tablero que había sobre la mesa, y a un lado de la ventana se produjo una transformación, surgiendo dos regios sillones, una mesita de oro, con cajas de cigarros y botellas de «cordial».

Dentro de aquel despacho reinaba el más absoluto silencio. El clamor exterior no llegaba hasta allí.

Mixi aguardó a que se hubiese sentado el presidente, luego lo hizo él.

—Así hablaremos mejor, señor Dolman. ¿Un cigarrillo? ¿Un cordial?

—No, gracias, excelencia. Prefiero entrar cuanto antes en materia.

—Sí, es conveniente. Y permítame reconvenirle por haber acudido primero a los científicos de Memphis. Su caso merecía mi inmediata consideración. Me habría ocupado personalmente de ello en el primer instante y nos habríamos ahorrado muchos problemas.

—Lamento haberme equivocado, excelencia. Honradamente, creí que la ciencia debía conocer mi obra. Luego estaba dispuesto a someterme a la ley.

—Bien. Sólo hemos de lamentar el pánico que ha cundido y las doscientas mil muertes que están produciendo los desórdenes. Pero reconozco que era inevitable y usted no tiene la culpa.

—Intenté ser todo lo discreto que exigía el caso — insistió Mixi, un poco turbado por la comprensión que estaba encontrando en aquel hombre excepcional.

—Me hago cargo, ingeniero Dolman. Debo decirle, sin embargo, que desde mi puesto de gobernante, las cosas se aprecian de muy distinto modo a como las ve el pueblo. En casos como éste, la gente sólo sabe gritar. El miedo a lo sobrenatural les domina.

—En mi robot no hay nada sobrenatural, excelencia.

—Lo sé. He hablado con el catedrático Gel Fiumme, con el profesor Elvian y con el decano y los rectores de la Universidad de Memphis. La cosa para mí está clara. Nos encontramos ante una creación cibernética de la máxima importancia. No tengo la menor duda de que su robot es más perfecto que un ser humano, aunque... ¡No es un ser humano!

—Desde luego, excelencia —se apresuró a decir Mixi.

—Póngase usted en mi lugar, señor Dolman. Rijo los destinos de seis mil millones de seres. Eso es una gran responsabilidad para cualquier hombre. Incluso usted, en mi puesto, habría de ver las cosas con realismo.

»No importa lo que los senadores están diciendo en el Hemiciclo del Congreso. Ellos hablan para el pueblo, que es quien los elige. Y el pueblo quiere que les digan lo que ellos dicen.

»Pero en política una cosa es decir y otra muy distinta es obrar. Estamos obligados a obrar con sensatez, y aunque no siempre seamos justos, sí hemos de ser juiciosos. ¿Me comprende usted?

—Perfectamente, excelencia.

—Bien, señor Dolman. Yo no pienso destruir ese robot porque sepa razonar mejor que todos nosotros.

Todo lo contrario. Quiero someter a Ky a una prueba exhaustiva y convencerme de que, en efecto, es un elemento privilegiado. ¿Lo es?

—Sí, excelencia. Lo he comprobado.

—En ese caso, nos será útil. Y sería una necedad destruir una cosa útil, habiendo, como hay, tantas cosas inútiles en torno a nosotros. Creo que vamos a entendemos perfectamente, señor Dolman. Es usted un hombre realista y positivo, como lo soy yo también.

—No estoy más que a la entera disposición de su excelencia.

—Gracias, señor Dolman. Yo podría nombrarle a usted director general de Ciencias, en recompensa a sus méritos probados. Sería lo justo. Usted, creando ese robot, nos ha hecho un señalado servicio — siguió diciendo el presidente, en tono amable y sencillo—. Sin embargo, hay que tener en cuenta otras cosas, otros factores, también importantes.

»La gente de la calle no ve con agrado que un robot, una máquina, posea más conocimientos que ellos. La vanidad humana es increíble. En cambio, los gobernantes no podemos permitirnos el lujo de ser vanidosos. Hemos de ser prácticos.

»Por lo tanto, Ky nos interesa. Es útil y queremos que esté aquí, aconsejándonos. Pero el pueblo ha de ser acallado de algún modo. Y si quiere aniquilar a su robot, hemos de darle ese gusto. Un robot similar a Ky ha de ser entregado a la masa.

—Comprendo, excelencia. Eso acallaría las protestas de la gente.

—Hay más, señor Dolman. Voy a serle sincero y a decirle que esa animosidad contra usted y su robot la hemos creado nosotros por medio de la información. Nos convenía primordialmente. Y hasta tuvimos en cuenta las doscientas mil personas que habrían de morir en la gigantesca manifestación. Eso crea opinión.

»Ahora nosotros fingimos destruir a Ky y todo solucionado. El auténtico Ky será instalado en una sala secreta y contigua a ésta, y estará allí al servicio del Estado.

»¿Le parece a usted bien esta decisión?

—Naturalmente, excelencia. Jamás me opondré a sus altos designios. Comprendo que le será Ky más útil que a mí. Lo construí para juego y entretenimiento de mi hijo, pero estoy dispuesto a cederlo al Estado.

—Magnífico. Pero hay algo más. Su caso particular, ingeniero Dolman. El pueblo quiere su cuello, así como la destrucción de sus inventos y planos. Y hay que complacer al pueblo.

—¿Qué quiere decir su excelencia? —preguntó Mixi, empezando a sentirse inquieto.

—El robot sobrevivirá, pero usted... ¡tiene que morir!

—¿Se burla usted, excelencia?

—No, en absoluto. Su muerte es una poderosa razón de estado también. Es preciso impedir que pueda construir otro robot como Ky.

—Y la única solución es exterminarme, ¿no es así?

—La única, exactamente, no. Hay otra aún.

—¿Cuál?

—Podemos enviarle a Marte, a la región de Sibrus. Allí construirle una mansión, en donde pueda vivir el resto de sus días, con su mujer e hijo. ¡Pero de donde no podrá salir jamás y donde no podrá construir ningún ingenio parecido a Ky!

—Ambas soluciones me disgustan, excelencia. Yo tengo otra mejor.

—¿Sí? Dígame cuál.

—Le quito a usted de presidente y me pongo yo en su lugar, con poderes plenos y absolutos. Estoy convencido de que en América se cometerían menos injusticias de las que se cometen.

—No es mala solución —admitió el presidente Keft, sonriendo—. Pero no es realizable.

—¿Está usted seguro?

—Si he de serle sincero, no. He escuchado el informe del director de Kelmas y me preocupa el poder de Ky. Pero ¿no hablará usted en serio al decir que piensa suplantarme?

—¿Habla usted en serio al proponer mi muerte? Si Ky ha de ser consejero de estado, no aprobará esa decisión.

—Entonces ¿qué otra solución encuentra usted, señor Dolman? Estamos aquí para solucionar el caso.

—Yo le cedo a Ky y quedo libre de ir a donde me plazca y hacer lo que me venga en gana, excepto construir otro robot semejante.

El presidente Keft miró fijamente a Mixi y frunció el ceño.

—Un estado no puede sostenerse por la sola palabra de un hombre.

—Su excelencia se precia de conocer a los hombres. Yo no tengo más que una palabra. Acepto todo aquello que me parece justo y razonable. Injusticias no. Y más teniendo fuerza para impedirlas.

—Parece como si fuese usted el presidente y no yo — habló Keft.

—Ni lo soy, ni deseo serlo. Pero no quiero morir ni vivir encarcelado. Antes de eso, preferiría ser un dictador.

—El pueblo, ni el universo, aceptaría una dictadura en el siglo veinticuatro, ingeniero Dolman.

—¡El pueblo, como usted ha dicho, acepta todo lo que le digan! ¿No me acepta a mí como un criminal, sin serlo? Escuche, excelencia. Ky está escuchando esta conversación, aunque se encuentre en otro lugar. Capta mis pensamientos. Y si le digo que inutilice a todo el ejército, lo hará en un

segundo.

—Eso es hablar demasiado.

—¿Quiere una prueba?

—Un momento, señor Dolman. No me gusta hacer nada de lo que después tenga que arrepentirme. Dice usted que es hombre de palabra. ¿Qué garantías tengo de que, si le dejo en libertad, no creará otro robot mejor que Ky?

—No tiene usted ninguna, excelencia. No quiero morir ni dejar un trabajo que es toda mi vida. Y es lícito defender lo único que tengo.

El presidente Keft se levantó y colocó sus manos a la espalda. Miró severamente a Mixi y luego dijo:

—¿Quiere usted ser director general de Ciencias y formar parte del Consejo de Ministros? Creo que, teniéndole a mi lado, todos ganaremos más. Le unciré al carro del gobierno y todo estará solucionado.

—¿Y no teme que le despoje de su cargo? —preguntó Mixi, sonriendo.

—Correré ese riesgo... Presiento que ésa es la mejor solución.

—Entre morir y ser director general hay un abismo — habló el presidente Keft.

—¿Y el pueblo? — preguntó Mixi.

—¿El pueblo?... Como usted mismo ha dicho, al pueblo le podemos hacer pensar como nos convenga. Usted es inocente y por lo tanto...

—No del todo. Yo dirigí a Ky hacia Kelmas.

—Ése es un detalle insignificante. Su esposa está indultada.

—No. Voy a pedir la anulación de ese matrimonio, Estoy en mi derecho. Deseo casarme con la funcionaria de comprobaciones legales de la Administración de Memphis, Daila Jarre.

—Perfectamente, excelencia —dijo el presidente Keft, sonriendo —. Es usted el nuevo director general de Ciencias. Hoy mismo se notificará su nombramiento a todo el continente. Espero no tener que lamentarlo jamás.

En las calles de Kapital, la policía y el ejército, efectuaron poderosas descargas de rayos paralizantes, estaban desalojando de cuerpos insensibles las inmediaciones del Congreso. Millares de aparatos voladores cargaban los cuerpos y los llevaban hacia los extrarradios.

Por otra parte, en los lejanos accesos a Kapital se habían bloqueado las autopistas para impedir que llegase más gente a la megápoli.

Y, por otra parte, las cadenas informativas habían dejado de transmitir noticias, radiando únicamente música ligera.

Horas más tarde, cuando ya Kapital estaba casi limpia de gentes, y una gran mayoría, ante los métodos coercitivos de la policía y el ejército, se habían refugiado en sus moradas, se comunicó un parte oficial de la Presidencia del Congreso.

Por decreto presidencial, las autoridades deberán levantar el estado de emergencia decretado en la orden general núm. 255-H-1.680. Los motivos que lo condujeron han sido aclarados y conjurados.

El ingenio mecánico y electrónico creado por el Ingeniero Mixi Dolman está en poder de los técnicos del Congreso y será destruido totalmente en presencia del Servicio de Información Pública.

«Dado en Kapital, a 23 mayo del año 2.396.

Firmado: Keel D. Keft, Presidente».

Nada se decía, por tanto, del ingeniero Dolman, quien había pasado el día en las dependencias particulares del Presidente, en compañía de Tomas Davi y el robot Ky.

Por la noche, el Presidente Keft invitó a Dolman y a Davi a una cena, a la que asistieron también algunos miembros del Consejo de Estado, entre los que se hallaba Henry Hool, Director General de Justicia.

Mixi y Tomas Davi se habían arreglado para la cena con prendas que les facilitaron los mayordomos del Congreso y tuvieron el alto honor de sentarse inmediatamente a la derecha del Presidente.

Una vez hechas las presentaciones, y tras haber conversado ligeramente acerca de los últimos acontecimientos, el Presidente se volvió a Mixi y le dijo:

—Mañana se destruirá al pseudo robot. Ya se está construyendo uno de aspecto parecido, al que guiarán hasta el Centro de Información oficial por medio de un control remoto. Allí, ante las cámaras, será desintegrado.

—¿Y no teme Su Excelencia que el pueblo no se trague el anzuelo? —preguntó Mixi.

—Tenemos hombres que saben hacer muy bien las cosas. No se preocupe. Y también se ha redactado el decreto de su nombramiento como Director General de Ciencias, pero no se dará a conocer hasta pasado unos días.

»Antes haremos constar sus relevantes méritos, su gran talento y especial predisposición para las ciencias. En fin, ya sabe.

—¿Y la cuestión de Kelmas? —quiso saber Mixi.

—Una bagatela. Ya está todo casi desvirtuado. La verdad es que me gusta usted, Dolman. El gobierno necesita savia nueva y renovadora. Usted es hábil y posee inteligencia.

—Pero no soy un político.

—La Dirección General de Ciencias es un centro muy apartado de la política, amigo mío. Además, tiene usted unos excelentes colaboradores.

—No lo dudo, pero habré de efectuar algunos cambios. Por ejemplo, deseo que Tomas Davi sea nombrado secretario general —propuso Dolman.

—Nadie se lo puede impedir. — El Presidente sonrió con picardía —. ¿Todavía cree que se trata de una trampa?

—No, desde luego que no, Excelencia.

—¿Por qué no nos hace el robot una demostración de su saber? — propuso Henry Hool, el Director General de Justicia.

Sí, me gustaría ver por mis propios ojos lo que sabe esa máquina.

A una seña del Presidente, Mixi pensó:

«—Ky, ven hasta donde estamos nosotros.

—¿Puede llamarle uno de los criados? —preguntó Davi.

—No, ya viene por sí mismo. Le he llamado mentalmente.

—¿Obedece las órdenes mentales? —preguntó el Presidente.

—Las mías, sí. Está concentrado conmigo... Ya viene, me ha dicho.

Efectivamente, a los pocos instantes, ante el asombro de los comensales, las puertas del comedor se abrieron y apareció la impresionante mole metálica del robot, que, con paso recio, fue a situarse junto a donde estaba Mixi.

—Hola, Ky. No debes temer nada, ¿comprendes?

—No temo. Tú lo sabes... Estos caballeros desean una demostración de mis conocimientos. Bien, pueden hacerme preguntas.

El Presidente Keft se volvió a Ky y dijo:

—¿Será Mixi Dolman un buen Director General?

—Sí, en efecto. Habrá más sabios dentro de poco en el continente. Suprimirá la Ley Telson, que es un freno hacia el progreso.

—¡La ley Telson obliga a todos a asistir a los institutos! — se lamentó el Director General de Justicia.

—En su lugar, se creará la Ley Dolman, y los estudiantes capacitados, como Sim Dolman, podrán pasar más rápidamente por los institutos docentes. Hay un millón y medio de alumnos frenados por la deficiente ley Telson — terminó Ky.

Nadie se atrevió a decir nada. Mixi Dolman sonrió.

IX

Daila Jarre y Sim Dolman no habían hecho más que llegar al apartamiento de ella, en el edificio de la Administración de Memphis, cuando zumbó el fonovisor.

Daila lo conectó, respondiendo a la llamada, y recibió un sobresalto al reconocer el rostro de mujer que apareció en la pantalla.

—Hola, señorita Jarre.

—¡Elga Dolman! —exclamó Daila.

El pequeño Sim, al escuchar este nombre, se volvió acercándose a la pantalla del fonovisor, quedando dentro del ángulo del ojo transmisor de la cámara.

Elga Dolman pudo ver a su hijo. Le miró, sorprendida, y preguntó:

—¿Quién... es este muchacho?

—¿No le conoces? —exclamó Daila a su vez, captando la palidez que se había extendido por el semblante de la otra y que la pantalla pancromática revelaba en toda su intensidad—. ¡Es tu hijo Sim!

—Sim — musitó Elga.

—¡Tú no eres mi madre! —replicó el pequeño, frunciendo el ceño.

En la pantalla, la imagen allí reflejada pareció sufrir un colapso.

—Sim... No puedes decir eso.

—¡Yo no quiero a mi madre! —exclamó el muchacho, volviéndose de espaldas.

Daila pulsó rápidamente el botón del fonovisor, cortando la comunicación. Luego se arrodilló delante de Sim. Su rostro estaba demudado por la emoción.

—¡Es tu madre, Sim! ¡No debes rechazarla de ese modo!

—¡Parece mentira que digas eso! —casi gritó el muchacho—. Fuimos a buscarla a Kelmas... Te arriesgaste a quedarte en la prisión, por su culpa... Y Ky hubo de correr luego a salvarte... ¡Nosotros sólo queríamos ayudarla! ¡No la quiero, no la quiero!

Sim estaba a punto de echarse a llorar, abrazado por Daila, que sufría lo indecible.

—No digas nada más. Ven conmigo. Tienes que descansar.

Dócilmente, el pequeño se dejó acompañar hasta la alcoba de Daila. Allí, la joven le ayudó a desvestirse y le dio un pijama de su propiedad, que sobraba al chico por todas partes.

—Quiero que papá vuelva pronto, Daila —pidió Sim.

—Vendrá no te preocupes. Ahora, duérmete, cariño.

Dejó Daila a Sim en el lecho, bajo los rayos caloríficos y salió del cuarto, cerrando la puerta. Regresó al salón y se acercó al fonovisor, pidiendo con informaciones.

—Señorita, soy funcionaria de comprobaciones legales del Congreso. Hace unos minutos he recibido una llamada. ¿Podrían decirme desde dónde la han hecho?

—Aguarde un momento, por favor.

La operadora desapareció de la pantalla, pero reapareció dos minutos después, diciendo:

—La llamada ha sido efectuada desde una cabina pública, situada ante el número 2.045 de la calle 59. Han efectuado siete llamadas a su número, pero usted sólo ha contestado una vez.

—Sí, muy bien. Gracias.

Sin perder un instante, Daila salió y se encaminó a su despacho oficial, en donde tomó una cartera que guardaba en un armario corredizo. Luego, salió, tomando un ascensor que la llevó al sótano de aparcamientos.

Allí tomó un automóvil oficial, diciendo al encargado:

—Dejé mi coche en las afueras. Tenía avería. Me llevaré uno de éstos.

—Como guste, señorita Jarre. ¿Quiere que enviemos a buscar su «Hon-6»?

—No es necesario. Los reparadores me lo traerán.

Subió, pues, al vehículo y salió del edificio, dirigiéndose hacia la calle 59. En pocos minutos, utilizando una pista rápida subterránea, llegó a su destino. Buscó un aparcamiento y luego, a pie, se acercó a la mansión señalada con el número 2.045. En frente, había una cabina pública de fonovisión.

Daila estuvo mirando en derredor y luego penetró en un restaurante cercano, sentándose ante una mesa que daba a la calle.

No tuvo que aguardar mucho. Unos diez minutos más tarde vio a Elga Dolman avanzar por la acera hacia la cabina y penetrar en ella, corriendo las cortinas automáticas de «ocupado».

Daila se levantó entonces rápidamente, pagó el servicio y salió, yendo hacia la cabina en donde estaba Elga. Allí se detuvo y esperó.

Elga Dolman no tardó en salir, quedándose un tanto confusa al verla.

—Hola. No esperaba verme tan pronto, ¿eh? —preguntó Daila.

—La he estado llamando. Quería hablar con usted.

—Lo sé, ¡pero cara a cara, como en aquella celda de Kelmas!

—Le aseguro que no sabía lo que estaba haciendo, Le prometí ir a ver a Mixi y no la mentí. Pero cuando estuve fuera, en libertad, después de tantos años de encierro. Bueno, quise ir lejos... ¡Muy lejos!

—No tiene usted que decirme nada de aquello. La comprendo perfectamente. ¿Qué ha hecho de mi caja?

—Está en el hotel. ¿Y mi esposo?

—¿Ahora se acuerda usted de él?

—¡Necesito ver a Mixi!

—¡Hay mucha gente que desea ver a Mixi, pero estoy segura de que él no quiere verla a usted!

—¡Ya entiendo! Usted se propone apartarme de él... Le quiere y desea quitármelo —gritó Elga.

—No le conviene gritar aquí, en medio de la calle — aconsejó Daila—. Y recuerde que fui yo la que intenté llevarle hasta él, realizando algo que no debí haber hecho. Venga conmigo. Necesito que me devuelva la «caja oficial». Vamos a buscarla.

—No se la daré —declaró Elga, poniéndose en jarras.

—¿Se da cuenta de que puedo detenerla y llevarla a la policía?

—¿Sí? ¡No me diga! —se mofó Elga—. Y, sabiendo que soy una evadida de prisión, ¿por qué no ha venido con la policía? ¡No me haga reír! A usted no le conviene eso. Tendría que dar demasiadas explicaciones. Ha venido para intentar un arreglo «amistoso»

—Ha acertado —dijo Daila—. Un arreglo consistente en que vuelva usted a Kelmas inmediatamente y me devuelva la «caja oficial».

—¡Usted tiene que devolverme a Mixi! Dígame dónde está y le daré su caja endiablada.

—De acuerdo. Deme la caja y le diré dónde está Mixi.

—¿Sin engaños? —preguntó Elga.

—Le doy mi palabra.

* * *

Conduciendo su propio «Hon-6», ya recuperada su «caja oficial», Daila se dirigió hacia Kapital. A su lado, ensimismada, iba Elga Dolman.

—¿Qué ocurrirá a Mixi? -—preguntó la evadida, por enésima vez.

—No debería preocuparse tanto de él —respondió Daila, con acritud—. Mixi ha hecho demasiado por usted.

—He reflexionado mucho en la prisión. Quiero volver con él... Sé que puede ayudarme. Yo no quiero ir a la prisión de nuevo. Ahora es un hombre muy importante. Si su robot ha logrado entrar en Kelmas y sacarla a usted de allí...

—No tiene usted que disimular conmigo. Antes no le interesó Mixi y se fue con la gente de su condición. Ahora que Mixi puede ser algo, le interesa estar a bien con él.

—¡Es mi esposo!

—No creo que lo sea por mucho tiempo... ¡Ni siquiera su hijo le quiere a usted! Sin embargo, no voy a ser yo quien me interponga entre ustedes.

Confieso sinceramente que quiero a Mixi con toda mi alma y que daría por él cuanto tengo y soy, pero sin egoísmos.

—¡Yo también le quiero, y es mi esposo! — insistió Elga, obstinadamente.

—Es preferible no continuar. Le llevaré a Kapital y hablará usted con Mixi, ya que es eso lo que quiere. Pero estoy segura de que él la entregará a la policía.

Ya no volvieron a despegar los labios durante el viaje.

Pronto empezaron a encontrar gran número de vehículos, que se dirigían hacia Kapital, y más tarde, sufrieron grandes atascos, que terminaron por embotellarles totalmente.

En vista de ello, decidieron continuar el viaje a pie, como hacían todos. Dejaron el «Hon-6» en la pista de control y se pusieron en marcha entre la gente.

Pero en los accesos a la megápoli, donde la muchedumbre era densa y vociferante, se vieron separadas. Luego, en una avalancha de gente, Daila fue empujada y derribada y estuvo a punto de perecer pisoteada.

Se salvó por milagro, cayendo sobre una pista inferior, también atiborrada de gente, donde se le desgarraron las ropas y perdió su «caja oficial».

Desesperada, gritando, Daila pudo refugiarse en el hueco exterior del ascensor de una vivienda y fue atendida por una familia que la llevó a su mansión, casi sin sentido.

Para calmarla, aquella buena gente le dio a tomar un cordial somnífero, haciéndola dormir durante bastantes horas.

Por su parte, Elga Dolman, al separarse de Daila, fue llevada por la muchedumbre en volandas. Forcejeando y debatiéndose entre el gentío, la evadida logró aferrarse a una ventana y allí quedó, luchando con todas sus fuerzas contra la marea humana.

Cuando la oleada de gente pasó, Elga pudo soltarse de su asidero. Pero, al ver correr a la policía, intentó escapar en dirección contraria siendo alcanzada por las ondas invisibles de los rayos paralizantes.

Junto con otros centenares de personas, Elga, sin sentido, fue llevada al interior de una gran nave que permanecía en suspensión allí cerca, para ser trasladada a las afueras de la megápoli.

Allí, en los prados, los paralizados fueron dejados que se repusieran. Lo importante era descongestionar la población de gente enloquecida. La policía ni el ejército prestaba atención a nadie. Los muertos únicamente eran llevados a los depósitos, pero los vivos se alejaban hacia los extrarradios, para luego dejarles entrar en orden en la ciudad, si acreditaban vivir allí.

Esto le ocurrió a Elga Dolman. Ella no podía demostrar que vivía en

Kapital, y, al recobrarse y pretender entrar en la megápoli, se dio cuenta de que sería descubierta.

Furiosa, vagó de un lugar a otro durante la noche, sin atreverse a acercarse a los controles de acceso, No sabía qué hacer. Pero como ella se encontraban muchas miles de gentes desplazadas, que habían dejado sus vehículos en lugares distintos a los que habían sido conducidos por la policía.

De aquel modo, transcurrieron veinticuatro horas, durante las cuales Elga había estado vagando de un sitio a otro, descansando a trechos y caminando sin rumbo fijo en ocasiones. Llegó incluso a pensar en volverse a Memphis. Allí tenía dinero.

Pero ella estaba obsesionada con el robot creado por su marido. Primero se lo había dicho Karl Mahon, antes de vengarse de él de modo tan cruel. ¡Ky era algo valiosísimo! Pero, por si fuese poco, ella lo había oído por 3D.

Sólo quería la oportunidad de hablar con Mixi. Si lo conseguía, estaba salvada. Ella le convencería, le rogaría. Y él terminaría por ayudarla. Era bueno y amaba a su hijo.

Sim Dolman y la bondad de Mixi eran una enorme ventaja para Elga.

Pero aquella imposibilidad de ir hasta donde estaba Mixi la desesperaba. ¿Qué locura se había apoderado de la gente? ¿Por qué se habían vuelto todos locos?

*   *   *

—¡El robot será destruido! —gritó el hombre—. Lo podremos ver por las pantallas.

Y la noticia que pareció alegrar infinitamente a todos los que se encontraban reunidos bajo los árboles, trastornó a Elga.

—No... Eso no puede ser... ¡No permitiré que lo destruyan!

Elga corrió hacia el puesto de control más próximo. Allí estaba el ejército y la policía. Sin pensarlo más, corrió hacia ellos y se agarró a los brazos de un agente.

—¡Déjeme usted pasar, por el amor de Dios!

—¡Suelte! ¿Vive usted en Kapital?

—No, soy de Memphis... Tengo que ver al ingeniero Dolman, el hombre que ha construido el robot... ¡Soy su esposa! ¡Elga Dolman!

La tremenda casualidad fue que el oficial de policía Klain, de Brisbane, el mismo que condujo a Mixi y a Tomas Davi hasta el Congreso, estaba detrás de la barrera, y fue requerido por el agente.

—¿La esposa de Mixi Dolman? — se sorprendió el oficial de policía.

—¡Sí, le doy mi palabra de honor! Tiene usted que llevarme hasta

donde está él, por favor...

Klain vaciló un instante. Luego, tomando a Elga del brazo la condujo hacia donde había un vehículo oficial.

—Suba. Yo la llevaré al Congreso... No sé en qué terminará todo esto, pero es mejor tenerla a mano que desaparecida entre la gente. Está usted reclamada por evasión.

—¡Mi marido arreglará eso! Su robot posee un enorme poder...

—El robot va a ser destruido dentro de una hora — exclamó el oficial de policía, mientras el vehículo ya rodaba hacia el centro de la ciudad.

—¡No lo permitiré! ¡Es el trabajo de Mixi! ¡Con ese robot nos podemos hacer dueños del universo! ¡Me lo han dicho!

Klain miró fijamente a la mujer, de cuyas facciones había desaparecido la antigua belleza, para dejar impreso en ellas una máscara de trastorno, desvarío y egoísmo.

—El ingeniero Mixi está en el Congreso. Creo que le tienen detenido allí. No le dejarán ir hasta que su robot se haya convertido en chispas.

—¡Lléveme hasta donde está él, se lo ruego!

—Hacia allá vamos, señora.

*   *   *

Sobre una plataforma circular, más de cien cámaras de T.V. 3D, habían sido dispuestas en torno al círculo central de la plaza del universo, exactamente delante del edificio del Congreso. También había allí un cañón desintegrante, dentro de un vehículo cerrado. El equipo de soldados que lo manejaban, esperaban órdenes.

Sin embargo, se rumoreaba que dentro de poco, y en presencia de numerosas autoridades, el robot Ky saldría del Congreso para ser «ajusticiado» públicamente.

Y así parecía indicarlo la presencia allí del cañón y los equipos de T.V., además del grueso cordón de policías que rodeaban el centro de la plaza, dejando sólo un pasillo, también cubierto con tropas, que llevaba hasta el mismo pórtico del Congreso.

El auto del oficial de policía Klain llegó en aquel momento a la Plaza del Universo. Había pasado varios controles a través de la población custodiada por la fuerza pública, pero, al fin, pudo llegar a su destino.

Y cuando descendían del vehículo, un extraño e impresionante cortejo salía de la enorme entrada del Congreso, para dirigirse hacia el centro de la plaza.

En primer lugar, aislado, caminando como lo que era, un autómata, y vigilado por centenares de armas desintegrantes que empuñaban manos trémulas, iba un robot exactamente igual que Ky.

Cincuenta metros por detrás, avanzaban Mixi Dolman, su amigo Tomas Davi, el Presidente Keft y su escolta, así como una cincuentena de senadores y Directores generales.

Se iba a proceder, públicamente, a la «ejecución» de un robot.

Muy pálido, Mixi se volvió al Presidente Keft y le dijo:

—Si no fuese por su palabra, Excelencia, diría que es el propio Ky.

El presidente sonrió, un tanto torcidamente.

—Los técnicos han trabajado aprisa y bien. Es una simple máquina sin importancia, accionada por control a distancia. Será destruida y asunto arreglado.

Mixi no había podido ver a Ky. Le dijeron que ya estaba encerrado en la cámara de gobierno. Pero se decía que el robot destinado a la muerte no podía ser Ky. Él lo sabría.

De aquel modo, con dudas y todo, el cortejo llegó al centro de la plaza y el robot fue colocado exactamente frente al cañón desintegrante. Los soldados que lo manejaban, mandados por un oficial, se aprestaron a disparar su arma.

¡Tienen que retroceder! ¡Ensanchar el círculo! — gritó alguien.

Y en aquel preciso instante, Elga Dolman se escapó de donde estaba, junto a Klain, y corrió hacia el centro de la plaza, gritando:

—¡Mixi, Mixi! ¡No dejes que lo destruyan! ¡No lo permitas! ¡El robot será nuestra salvación!

Eran instantes de gran dramatismo y silencio. Las voces de Elga llegaron perfectamente hasta donde estaba Mixi y el Presidente. La palidez se acentuó en el rostro del ingeniero, que se volvió, viendo a la policía forcejeando con Elga, para impedirle el paso.

Y entonces sucedió una cosa insólita.

El robot, que estaba inmóvil en el centro de la plaza, volvió la cabeza lentamente. Luego, sus ojos verdes fluctuaron... ¡Y los policías que sujetaban a Elga quedaron inmóviles, soltándola!

Entonces ella corrió hacia donde se encontraba Mixi Dolman, atónito.

Un enorme griterío se alzó entre el denso círculo de policías... Y todos pudieron ver al robot girar sobre sí mismo y avanzar, pisando recio sobre las planchas metálicas del suelo, para acercarse a Mixi y a su mujer.

Al avanzar, el robot movía la cabeza en derredor. El silencio se hizo colectivo. Todo el mundo quedó como petrificado. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo, y cuando los cerebros quisieron comprender y reaccionar, un cerebro puramente mecánico se les había anticipado.

El robot llegó hasta Mixi. Elga se había detenido a unos pasos, implorante y trémula.

—No permitas que lo destruyan, Mixi... ¡Con esa máquina puedes ser el amo del Universo!

El robot avanzó hacia ella, alzó los brazos metálicos, engarfió los dedos articulados... ¡Y agarró la garganta de Elga Dolman!

—Muere, mujer... ¡Muere y no hagas más daño!

Cuando el robot soltó a la mujer, ya estaba muerta. La presión de sus dedos de acero habían destrozado la garganta de Elga.

Y nadie en toda la plaza se había movido.

Luego, el robot giró sobre sí mismo y, pasando ante el petrificado Mixi Dolman, fue a colocarse de nuevo en el centro de la plaza, de cara al cañón desintegrante, en torno al que estaban los soldados, también petrificados.

Y de sus entrañas metálicas surgió una orden.

—¡Destruidme, pronto!

Todos los presentes recobraron su dominio cuando un destello ígneo desmaterializó, en el centro de la plaza, la figura metálica del robot. Se vio una densa humareda y luego nada.

Mixi Dolman, el nuevo Director General de Ciencias, estaba mirando el cuerpo sin vida de Elga Dolman, tendido en el suelo. Y comprendió que Ky había elegido su propio destino.

Luego se lo habrían de confirmar los hechos.

— ¡Es cierto, Dolman! El remedo de robot está allí... Los técnicos no saben lo que ha pasado... Pero no hay duda de que el propio Ky deseó ser destruido. ¡Todo ha sido obra de él!

Ky, al fin y al cabo, había sido más inteligente que los hombres.

FIN

Próximo número:

Un mundo lleno de seres iguales.
Pero, ¿quién multiplicaba a los
humanos, reproduciéndolos con
absoluta fidelidad?
MULTIPLICIDAD
una narración original de

CLARK CARRADOS